

CHRISTOPHE CARLIER



SALUDOS
nada
CORDIALES




MAEVA

CHRISTOPHE CARLIER

SALUDOS
nada
CORDIALES

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

Índice

Portada

Saludos nada cordiales

Dedicatoria

Citas

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Parte III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Créditos

Estimados lectores,

En Maeva siempre nos gusta sorprender con nuestras propuestas, y estamos convencidos de que con **Saludos nada cordiales**, lo vamos a conseguir.

Se trata de una novela breve, sutil e impactante, una pequeña joya literaria que encaja en las tendencias *cozy mystery* y *island noir*, del escritor francés y doctor en Literatura **Christophe Carlier**.

Cuando el otoño llega a la isla y el cartero de toda la vida, Gabriel, empieza a entregar cartas anónimas a los habitantes, también de toda la vida, el mundo se pone patas arriba.

La mayoría de las veces se trata de postales con alusiones traicioneras a defectos o pequeños secretos de los isleños, que, a pesar de su irrelevancia, siembran primero ansiedad, luego desconcierto y, a continuación, auténtica paranoia. Algunos evitan pasar cerca del edificio de correos, a los niños no se les permite salir a la calle cuando oscurece, en el bar de la isla no se habla de otra cosa y, mientras tanto, otros se disgustan por no haber recibido ninguna misiva anónima.

Según la prestigiosa revista *La Quinzaine Littéraire*, se trata «de un mundo que recuerda a la obra de George Simenon, con protagonistas poco sofisticados cuya calma y discreción esconden un enorme potencial destructivo», y de «una breve novela psicológica que nos recuerda que el barniz del civismo es frágil y que la violencia no tiene por qué ser necesariamente escandalosa».

Esperamos haber despertado vuestra curiosidad...

La editora

A los anónimos

«Hay espaldas, en la calle, que llaman al puñal...

¿Por qué?...»

Octave Mirbeau, *El Jardín de los suplicios*.

I





El cartero sufría artrosis, y, como su mal empeoraba con el paso del tiempo, el correo llegaba a la isla cada vez más tarde. Aquellos que, unos años antes, le preparaban un café cuando oían a lo lejos el timbre de su bicicleta, ahora ya no lo esperaban hasta el aperitivo. No es que les importara, al contrario, la hora de reparto del correo no interesa a casi nadie. Nadie envía ya cartas de amor, y las facturas llegan siempre demasiado pronto.

Los isleños tenían buen fondo. ¿Cómo enfadarse con alguien que era obvio que se movía con dificultad? Además, Gabriel era un hombre entregado a su trabajo. Los años, que erosionaban su puntualidad, no habían mermado su rigor: tenía con su bolsa de cartas los mismos miramientos que un mago con su baúl de los tesoros. La sola idea de que una simple postal pudiera caerse en la cuneta le llenaba los ojos de lágrimas, sobre todo si el viento le azotaba el rostro.

Los días malos, cuando le dolían las articulaciones, y cada pedalada le arrancaba un quejido, se animaba pensando que quizá una de sus cartas hiciera feliz a su destinatario. Pues esta era su ambición oculta: dejar en el buzón, con un gesto indolente de sembrador acostumbrado a los azares de la vida, una de esas cartas que se guardan en un álbum y que al final de la vida se enseñan a los nietos, murmurando:

–Y, un buen día, recibí esta respuesta...

Gabriel procuraba no pensar en las cartas siniestras, los análisis médicos, las notificaciones del fisco y las notas de pésame, con su ribete negro y su halo de tristeza. Su imaginación se bloqueaba ante el tedioso lote de lúgubres

obligaciones que nos carcomen la vida día a día.

Que nadie lo tomara, sin embargo, por uno de esos carteros sentimentales a quienes solo conmueven las cartas de amor. Apreciaba también las de los niños o los ancianos, de caligrafía tan distinta. La primera, redonda y vacilante, muestra su mejor versión al copiar en el sobre, siempre descentrada, la dirección del destinatario. La segunda, deformada por años de correspondencia, se inclina vertiginosamente hacia la derecha, atraída ya por la sombra postrera que acecha al final del renglón.

Gabriel, hombre de buen corazón, nunca concluía su ronda sin dedicar un pensamiento a quienes, tras su paso, no encontrarían nada en el buzón. En las islas el silencio puede ser terrible. ¿Qué cartero repartirá jamás las cartas no escritas?



La primera misiva llegó el 13 de octubre, que no caía en martes. Supuso un acontecimiento únicamente para Théodore, que vivía solo y nunca recibía correo. Pensando que contenía una buena noticia, abrió el sobre con curiosidad y sacó una tarjeta postal en cuyo reverso había escritas dos frases.

Tras leerlas, rompió la inoportuna misiva, por lo que ninguno de sus allegados sospechó nunca su existencia. No se habla de una carta así. Si le hubieran preguntado, Théodore habría negado haberla recibido, pero pasó horas rumiando quién sería el remitente.

Lavada por la lluvia y azotada por el viento: así era la isla. Sin hallarse en exceso mar adentro, ofrecía no obstante un paisaje de último rincón del mundo. Arrecifes, acantilados y crestas de espuma. No hacía falta más para forjar el cuerpo y templar el carácter. En la isla se nacía, se vivía y, si se la abandonaba, se regresaba al menos para el descanso eterno. Albergaba por ello menos vivos que muertos, cuyos gemidos oían, las tardes de viento, las almas inquietas.

La segunda misiva la trajo Gabriel al declinar el día. Era una tarde en la que, debido al tiempo húmedo y al suelo reblandecido, se le habían resentido las articulaciones. El sobre, entregado en el crepúsculo, olía a resentimiento y

denuncia. Rugía la tormenta a lo lejos, y Firmine, que lo abrió sin temblar, leyó su contenido bajo un cielo surcado de relámpagos. Aguardó unos instantes, conteniendo la respiración, a oír el estruendo del trueno, que estalló nada más devolver la tarjeta a su sobre.

¿De modo que alguien se la tenía jurada? Guiñó varias veces los ojos redondos y saltones, y conservó unos días una expresión meditabunda y perpleja. Fue entonces cuando adquirió la costumbre de apretar el paso al cruzar la plaza donde se levantaba la oficina de correos.

En la isla las calles eran estrechas, y las casas, bajas, con los tejados inclinados y pocas ventanas. Casitas de muñecas. En esa roca en medio del mar, los isleños, cuya mirada se perdía en el horizonte el día entero, tenían el lujo de la austeridad. Descansaban en habitaciones monacales, en las que se entraba agachando la cabeza para no darse con el dintel.

Cuando Léocadie recibió la tercera misiva, no sabía nada de las dos anteriores. Al dirigírsela, el autor anónimo salió en parte de las sombras, ya fuera a propósito o por descuido. Hasta entonces había accionado la doble palanca de la falta y la vergüenza, la cual aseguraba que la mecánica funcionara perfectamente: los destinatarios de sus misivas se habían abstenido de comentarlas. Léocadie, sin embargo, no tenía vergüenza ninguna.

Al día siguiente, en La Marine, el bar del pueblo, mientras Gaétan ironizaba sobre la isla, esa roca arrojada en medio del mar y abastecida por una mano anónima, Léocadie exclamó, con una miradita de reojo, que de repente eran dos las manos anónimas que ejercían su dominio en la isla.

Los parroquianos callaron.

–Ayer recibí una tarjeta cuyo remitente no se dignó firmar –declaró, segura del efecto de sus palabras–. Pero no puede ser un desconocido, pues el matasellos es de aquí de la isla.

El más audaz se atrevió a preguntar si la misiva contenía amenazas.

–No –contestó la autorizada, con una sonrisa dulce–, solo acusaciones.

Los presentes encajaron el golpe y se marcharon, satisfechos o

consternados, a difundir la noticia a los cuatro vientos, convencidos de que no habrían de esperar mucho para conocer el desenlace.

La impresión que se tiene en todas partes en la isla es la de hallarse en el último rincón del mundo, allí donde acaba la tierra. Como si el suelo se hundiera, carcomido por las olas, y fuera uno el último en mantenerse en pie, zarandeado por el viento, hasta caer.

La cuarta misiva señaló a Pierre, el taciturno, el cual, entrando un día en La Marine, la blandió sin una palabra, antes de guardársela de nuevo en el bolsillo. Los parroquianos, que no habían tenido tiempo de leerla, intercambiaron miradas perplejas. Cada cual esperaba que el vecino hiciera la pregunta que a todos les quemaba en los labios.

Caía la tarde. El cielo estaba carmesí. Encogiéndose de hombros, Pierre apuró su copa y salió con paso tranquilo. No parecía afectado por la misiva, pero, en cuanto hubo cerrado la puerta y pese a tenerlo en gran estima, los presentes sucumbieron a un tenebroso deseo de maledicencia.

En los campos revoloteaban los cuervos, esos pájaros de mal agüero, más arrogantes que de costumbre, lanzando gritos de triunfo a diestro y siniestro. Parecían presentir la hora de su advenimiento.



Los isleños no gustaban de acusar a nadie, pero brotaron algunos nombres aquí y allá en las conversaciones. Apenas avanzaban una hipótesis, se retractaban, algo avergonzados, no sin adivinar que algún poso quedaría. No tardó en imponerse una regla: mejor evitar los silencios, pues, en cuanto se apagaban las voces, el último en hablar resultaba sospechoso.

Su nombre es Thomas, pero todos lo llaman Tom. Ha crecido en la isla. Tiene poco más de veinte años, un jersey marinero, pecas y un flequillo rubio que le tapa los ojos. Un verano frecuentó a una mujer cuyo marido, dueño de una bonita casa junto a la playa, no se marchó con ella de vacaciones. Tom iba a verla al caer la tarde. Dos o tres noches creyó en su buena estrella al quedarse dormido junto a ese cuerpo desconocido.

Las muchachas de la isla lo acusaron de traición. Entonces pasó a ser Tommy. Ay de él, la buena estrella solo le duró un verano. Cuando se cruza con ella, la mujer ya no parece querer reconocerlo. Como si su aventura nunca hubiera ocurrido.

A Tommy no le dura ningún trabajo, y mata el aburrimiento dando vueltas en moto por la isla. La vida se le va por mal camino. Cuenta historias que nadie cree, pues cada una desmiente la anterior. Mira el mundo con ojos vacíos. Se le imaginan, detrás del flequillo, ideas retorcidas.

Ideas tales como ver en las misivas una segunda oportunidad, una ocasión

de cambiar el destino, que no le ha dado lo que merece. Si es él el autor anónimo, pronto se sabrá, piensan algunos. Tommy acabará confesándolo. ¿Cómo podría guardar un secreto así?

No es Tommy el único que suscita recelo. Irène, viuda de un pescador, vive apartada del pueblo, en una casa que despide un olor agrio. Suele mostrar una expresión ausente. Habla sola. De vez en cuando dice, con una voz demasiado dulce, algo así como que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero en sus labios esas palabras resuenan con un eco inquietante. Su nostalgia tiene aires de rencor.

Lleva una patilla de las gafas ligeramente torcida, de manera que parece que inclinara la cabeza hacia un lado, lo que le da un aspecto estrábico a toda su silueta. No se le conoce familia. La edad, la locura o la pobreza la han alejado de los demás, algo de lo que nadie se considera responsable. Podría enviar tarjetas anónimas, tan atravesadas y tan absurdas como su manera de mirar, siempre al bies.

Adèle es una lianta y una chismosa, una trapisondista a la que entusiasman las disputas entre vecinos, la política local y la delimitación de las propiedades. La gente teme su cháchara incesante, cuando se la cruza, cesta en mano, camino del mercado. Te saluda con aire aliviado cada vez que se encuentra contigo: precisamente quería verte, y te suelta un discurso sin fin hecho de enigmas, apretándote el brazo con gesto febril para responder a una objeción que no le habías hecho.

¿Cómo sabe que los dos hijos de esa mujer elegante no son de su marido, o que esa pareja que pasea a un setter irlandés por el espigón se ha divorciado hace unos meses por motivos fiscales?

Al pasar por tu casa, repara en un olor a humedad y llama a tu puerta para señalarte la gotera.

—¿De verdad no nota el olor?

Te observa como si mintieras. Tanto que acabas sintiéndote incómodo.

Un día se lamentó delante de varias personas de que había envejecido y se había vuelto fea. Nadie dijo nada, ni siquiera una mentira piadosa, que es lo

que se suele hacer en estos casos. A falta de interlocutores bien podría habérselas con sus vecinos de ahora o sus enemigos de siempre por medio de la pluma.

¿Es, pues, Adèle la autora de los anónimos? Un detalle podría, sin embargo, descartarla: la concisión no va con ella. Cuadraría más con su carácter redactar libelos o dedicar páginas y páginas a criticar cualquier minucia.

—Si los anónimos no son obra suya —bromea alguno—, estará furiosa de que le hayan robado la idea. Igual va y presenta una queja en el ayuntamiento.

En La Marine los parroquianos pasan un buen rato a su costa, conscientes de que se exculpan a sí mismos al destruirla a ella.

La asistencia guarda silencio. Una mujer de cierta edad ha escuchado la conversación sin tomar parte en ella. Es Marge, a la que todos conocen y cuya opinión desearían saber. No dice palabra, y nadie trata de sonsacarla.

En La Marine es de los pocos clientes a los que no se tutea, y la única que toma té. Su padre tenía cierto renombre en la isla. Murió joven y, por ese mismo motivo, con un halo de gloria. Marge es vecina de un bonito barrio del pueblo, donde viven también Émilie, su amiga de toda la vida, y Gislaine, a la que no se le conocen enemigos. Es el barrio de las casas elegantes. Las más recientes, las de los veraneantes, se yerguen junto a las playas o en la cornisa.

Los parroquianos se despiden afirmando que, aunque es obvio que al autor anónimo le sobra el tiempo, un buen día acabará por cansarse; además, su perfidia no interesa a nadie.



Marie-Odile era vanidosa. Fue la quinta en recibir una tarjeta cuyo texto no le disgustó del todo: «Tiene usted la casa más bonita de la isla. ¿Sería suya si siempre hubiera cumplido con sus obligaciones fiscales?».

Asintió al leer la primera frase, y no se alteró lo más mínimo con la segunda, pues no tenía en muy alta consideración a los honrados contribuyentes. No se resistió, pues, al placer de hacer circular la misiva, con cuidado, eso sí, de atribuirse el papel de víctima.

–¿En qué mundo vivimos? –preguntaba, fingiendo caerse del guindo–. Cree una conocer a sus vecinos, trata una de llevarse bien con todo el mundo, ¡y mira lo que recibe a cambio!

La tarjeta pasó de mano en mano. Los parroquianos reconfortaron a Marie-Odile, quien, sin embargo, no parecía contrita. Fingieron compadecerla, y se despidieron de ella, meditando el final de una misiva cuyo principio la hacía ruborizarse de felicidad.

En la isla no se hablaba de los perros que mueren atropellados. La quiniela no interesaba a nadie. En la barra del bar y durante el aperitivo la conversación solía girar en torno a los avisos de tormenta. Las cartas anónimas eran un fruto mucho más sabroso, y se le hincó el diente con apetito.

Marie-Odile volvió varias veces al bar, exhibiendo orgullosa, como una herida de guerra, la tarjeta de la que ya no se separaba. Se instalaba en el centro de la sala, con la mirada chispeante y la voz clara, y repetía que prefería provocar envidia que mover a compasión. La dejaban hablar, fingiendo aprobación, pero la simpatía que había suscitado en un primer momento se fue desvaneciendo poco a poco. No tardaron los isleños en saludarla con menos afecto, y Marie-Odile acabó por notar que hasta le rehuían la mirada.

En resumen, el delator había logrado su objetivo.

—¡Calumnia, calumnia, que algo queda! —exclamó un día, irritada.

Costaba no darle la razón.

Al constatar que su infortunio apenas suscitaba ya compasión, espació sus visitas a La Marine, cuyos parroquianos ya solo le merecían desprecio.

Era noviembre cuando el sexto sobre llegó a casa de Laure, que acababa de perder a sus padres y pensó, por consiguiente, que se trataba de un mensaje de pésame. El texto se reducía a una frase: «¿Cuándo se decidirá usted a llamar a su hermana?».

—Vaya. —Sonrió—. Pensaba que el autor de los anónimos estaría mejor informado.

En efecto, Laure era hija única. Consideró muy burdo el error, e incluso lo comentó divertida con sus amigos. Sin embargo, pasaron los días sin que se le disipara una ligera sensación de malestar. Para sosegar el ánimo, la semana siguiente fue a consultar el registro civil. Descubrió entonces que sus padres se habían casado unos meses después de nacer ella, algo a lo que nunca habían aludido en su presencia.

Concertó una cita con el señor Chopard, el notario de la isla, el cual la tranquilizó: al menos hasta el momento no se había manifestado ninguna hermana o hermano oculto. Pese a todo, Laure seguía inquieta.

Para salir de dudas, sacó de los armarios fajos de viejas cartas atadas con lazos, y volvió a hojear álbumes llenos de fotos sin fechar. En una de ellas, en la que reconoció el salón de sus abuelos, posaba sonriente una niña con un juguete en las manos. Nada probaba que tuviera relación con su familia, pero

nadie a quien preguntó –primos, amigos– pudo identificar a la niña, lo que le resultó perturbador. Fue a ver a la maestra, jubilada ya, a quien ese rostro no decía nada. O bien nunca había visto a esa niña, o la había olvidado. A menos que no fuera otro motivo el que le impidiera hablar.

Desde entonces Laure veía con otros ojos un retrato de sus padres de jóvenes, a los que encontraba un aire distante, ligeramente contrariado, así como una belleza difusa y dolorosa. Recordaba la manera que tenían de permanecer en silencio algunas noches en las que, muy juntos el uno del otro, parecían olvidarse de ella.

«¿Cuándo se decidirá a llamar a su hermana?» El mensaje tenía el énfasis de las frases huecas o la sencillez de las verdades ocultas. Avivaba el dolor del duelo.

Para consolarse, Laure se decía que si el autor anónimo sabía algo, no tardaría en manifestarse de nuevo.

Aguardó una segunda misiva. Con cierta esperanza, incluso.
Pero nunca llegó.

A mediados de noviembre, las cartas anónimas ya no causaban enojo ni sorpresa. Eran acogidas con fatalismo. Los que ya habían recibido la suya podían dormir en paz: habían pagado su tributo a la maldad anónima. Los demás se sentían en el punto de mira y se preguntaban, intranquilos, qué tenían que reprocharse.

Los primeros destinatarios, que habían guardado silencio mucho tiempo, comprendieron que era hora de decir esta boca es mía. Explicaron que ellos también las habían recibido. Su condición de pioneros les valió cierta consideración. No obstante, al preguntárseles por el contenido de las misivas, dieron a entender que apenas decían nada. Citaban de memoria frases bastante sosas. Si de verdad era así, ¿por qué haberlas ocultado tanto tiempo?

Se supuso que quitaban hierro a los mensajes anónimos. Si hubieran recibido acusaciones precisas, era obvio que habrían evitado sacarlas a la luz.

En todos los casos, el texto era muy breve, lo que dejaba insatisfecha la curiosidad del lector. Cabía pensar que el autor anónimo no se contentaría

con esas pullitas de nada. Por ahora se limitaba a dejar escapar entre líneas el rancio olor de lo implícito.

La séptima tarjeta fue a parar a la vivienda más apartada de la isla, la de la señora Darceval, que rara vez se dejaba ver y parecía apreciar la soledad. Solo Mateo, su factótum, entraba en la casa. Gabriel tuvo que recorrer un doloroso trayecto para entregar esta misiva, cuyo autor, aunque enmascarado, era ya famoso.

Todos los sobres anónimos se parecían entre sí. La dirección estaba escrita en letras de palo; el sello era del tipo ecológico, con la efigie de Marianne en tinta verde. Por lo tanto el cartero sabía perfectamente qué clase de carta dejaba en el buzón.

Convertido a su pesar en auxiliar del autor anónimo, se bajó de la bicicleta sin anunciarse, avanzó con paso quedo hacia la casa y dejó el sobre con renuencia, evitando ser visto. Acto seguido se subió a su bicicleta en silencio y se alejó, presa de una profunda tristeza, contemplando alargarse su sombra sobre el suelo.

Al día siguiente, Mateo constató que los postigos de la casa estaban cerrados. La señora Darceval había tomado el barco, cargada de equipaje, sin decir adónde iba ni cuándo volvería, algo contrario a sus costumbres.

¿Adónde se había marchado esa mujer discreta a la que, según descubrieron algo tarde ya, tanto apreciaban? Cada quien recordaba su moño, sus largos chales y el broche antiguo que siempre adornaba el cuerpo de su vestido. No sabían si su huida suponía un reproche o una confesión.

Los isleños no creían que el autor anónimo pudiera ser un vecino malintencionado. Un mal más soterrado parecía haberse adueñado de la isla.

Si algún parroquiano, ajeno a las supersticiones, se atrevía a decir que el asunto solo merecía desprecio, lo mandaban callar enseguida. Su actitud se veía como una provocación. La gente se sentía cercada por el viejo enemigo invisible y maléfico al que en tiempos se conjuraba dejando lechuzas degolladas en la puerta de los graneros.



Empezó una nueva era.

Si algún incauto abría un sobre en un lugar público, la gente se sobresaltaba por el ruido del papel rasgado. El imprudente era blanco de todas las miradas, y el rubor se le subía a la cara.

Cuando Paul se enteró de que los vecinos que flanqueaban su casa a un lado y a otro habían recibido cada cual su misiva, le dijo a su mujer en tono lúgubre:

–Estamos rodeados.

Había palidecido de repente.

Un día, al bajarse de la bicicleta, a Gabriel se le escapó un lamento que suscitó un agrio comentario:

–Pues no sé de qué se queja.

Gabriel tomó buena nota. En plena epidemia, el médico no tiene derecho a quejarse. Cuando llueven las cartas anónimas, el cartero debe pasar inadvertido.

Algunos evitaban la oficina de correos. Otros quemaban sin leerlas todas las

cartas que recibían, sin importar que pudieran ser de amigos o familiares solícitos.

La irreprochable Eugénie, a quien el autor anónimo no había puesto en su punto de mira, se escribió a sí misma, tildándose de hipócrita y de mosquita muerta. Al recibir la carta se quedó paralizada de espanto y tardó varias horas en abrirla. Cuando leyó la tarjeta se echó a llorar, juzgando merecido el reproche.

¿Cuántas cartas habrá arrojado al mar Gabriel, convencido de que no le corresponde ser mensajero de tanta maldad? Se rumorea que hace una selección. Que protege a algunos destinatarios y a otros no.

Sostiene Marie-Odile que salda sus propias cuentas entregando misivas a quien no goza de su estima, y que el rigor con el que aborda su tarea deja mucho que desear.

La señora Darceval nunca volvió a la isla. Por abnegación o terquedad, Mateo siguió rastrillando y recogiendo las hojas secas de su finca. Se había encariñado con el jardín tanto como con su dueña. ¿Esperaba aún su regreso? Concluida su jornada, al abandonar la casa dejaba la carretilla y las herramientas en mitad del sendero, en lugar de guardarlas en el granero.

Algunos avanzaron la hipótesis de que la señora Darceval se había marchado para reunirse con alguien. O que la habían llamado a la cabecera de algún enfermo, cuyo estado no le permitía volver a casa.

—De ser así, habría dado noticias.

—¿A quién? En el fondo no frecuentaba a nadie.

Se dejó de creer que pudiera regresar. El autor anónimo la había desterrado de la isla, afirmaban los vecinos.

Reinaba una atmósfera de toque de queda, de tensa espera y de puerta

cerrada. Anochecía temprano. Parecía que, a la hora de volver a casa, la gente se rehuyera.

Como se acercaba la Navidad, los vecinos decidieron de común acuerdo que ese año no se enviarían felicitaciones. ¿Para qué confiar al correo unos buenos deseos que bien podían compartir en persona? La gente se felicitaba en la calle, furtivamente.

–Feliz año, sí, sí. ¡Feliz año pese a todo!

–Igualmente.



Félicien es un señor meticuloso, de lenguaje ampuloso y culto, nimbado de misterio y de sobreentendidos. Llegó del continente hace unos años y se instaló en una casa elegante, acompañado de una mujer apenas algo mayor que él, a la que se refiere con aire pomposo como su «gobernanta».

Félicien tiene los ojos vivos, la voz aguda y, a veces, una expresión en el rostro como de profeta enajenado. Asimismo, tiene opinión sobre todo el mundo, una opinión de lo más peregrina. Nada más llegar a la isla, quiso acercarse a sus vecinos, pero sus invitaciones quedaron en agua de borrajas, lo que debió de contrariarlo. Lo más curioso es su perfil, la suya es una nariz tan larga y tan fina que uno no puede evitar mirarla a hurtadillas. Una nariz semejante al pico de un pájaro.

Marie-Lucie es una mujer soñadora de voz dulce, de las que se paran en la calle para hablarte y le hacen una carantoña a tu hijo. Viste de tonos pastel. El balcón de su casa siempre está florido. Pero esa armonía que la envuelve es precisamente lo que resulta inquietante en ella. Su mirada desenfocada tiene el color del agua estancada.

En sus palabras nunca hay una crítica, nunca tiene un exabrupto. ¿Qué es, boba, ciega o de mala fe? Si hace la vista gorda sobre las pequeñas rarezas humanas, ¿no es para aguzarla de noche, cuando las habitaciones oscuras revelan sus secretos, cuando chirrían los goznes y cruje la madera?

Últimamente resulta irritante por su sonrisa perenne, su forma de mirarte cuando te alejas y de volverse al despedirse, para acompañar su adiós con un gesto de la mano.

De ella se ha dicho con frecuencia que es buena persona. Esas dos palabras están ya prohibidas en la isla. Se pregunta uno qué esconden. Basta pronunciarlas para que la conversación se apague y los interlocutores se miren entre sí, incómodos.

Cuando los parroquianos abandonan La Marine, Valérie coloca las sillas sobre las mesas para fregar el suelo. El silencio sucede al rumor de voces. Ya no recuerda de qué han hablado hoy.

De todos modos, lo que se afirma una noche ya no vale al día siguiente. Nadie sabe cómo evaluar, en esas cartas anónimas, qué parte hay de malicia, de chiquillada y de excentricidad. Las dosis son inciertas, y el nombre del supuesto culpable varía aquí y allá en las conversaciones.

Curiosamente, las sospechas, en lugar de excluirse, se acumulan. Si fulanito es culpable, también podría serlo menganita. ¿Si tal persona mandó una carta, por qué no podría haberlo hecho tal otra?



Se conjeturaba. ¿Quién habría mandado esas cartas? ¿Un hombre, una mujer? ¿Un joven, un viejo?

–Los hombres no escriben cartas –observó uno.

–Los jóvenes tampoco –aseguró otro.

–Y además cometen faltas de ortografía –añadió un septuagenario.

Pero, al menos a ese respecto, el autor anónimo parecía irreprochable.

Las sospechas recayeron sobre la maestra y la secretaria del alcalde.

A veces, para referirse al continente, los isleños dicen: en tierra. El suelo de la isla nunca es firme.

Hortense trabaja como dependienta en la panadería. Todos los días desfila por la tienda la isla entera. Los clientes de la mañana, siempre con prisas; a estos les siguen las señoras de más edad, que aparecen antes de mediodía; después de estas, las jóvenes madres, que van a la salida del colegio. La panadería cierra pronto. Después de las seis todo el mundo ha hecho ya la compra. Hortense se vuelve a su casa, donde nadie la molesta más. Su marido es taciturno. Tiene la piel enrojecida por la vida, es decir, por el tiempo, el frío y el alcohol. Ya de mayores sus hijos se marcharon al continente.

Nadie pregunta a Hortense por el autor anónimo. Y eso que ella supone

que lo más probable es que hable con él todos los días, pues el culpable, sea quien sea, tiene que comer pan a la fuerza. Hortense lo alimenta.

Si es un auténtico solitario, y la isla alberga a alguno que otro, ella es de las pocas personas con las que habla. ¿Será un aficionado al pan de brioche? No lo cree. ¿Al pan integral? Demasiado simple quizá. Se imagina más bien un cliente normal y corriente, que saluda educadamente, pide una *baguette* y sale de la panadería, llevando en el bolsillo las cartas del día siguiente.

Las escribe a la hora en que se amasa el pan: tarde por la noche o temprano por la mañana. Las echa al correo en el momento en que se hornea. Cuando Hortense abre la panadería, Gabriel empieza su ronda.

El autor anónimo no reclamaba nada.

–No hay que hacerle ni caso –decían algunos.

Sabia decisión, a la que, sin embargo, nadie se atuvo.

En La Marine no se hablaba de otra cosa.

El ritmo al que se habían enviado las cartas desde la primera semana de octubre no parecía indicar nada concreto. Los anónimos cesaban unos días, y luego se reanudaban de repente.

–Seguro que es esa la clave del enigma –afirmó uno–. Quien comprenda el algoritmo de las fechas sabrá cómo acaba todo esto.

Los isleños vacilaban. Elucubraban. No salían de su perplejidad.

Otros buscaban alguna relación entre las personas que habían sido blanco de los anónimos. Le daban vueltas a la cabeza, divagaban. Cansados, después de tratar en vano de razonar, reavivaban antiguas leyendas, provocaban el eterno revuelo del terror y la ignorancia.

Al final de diciembre, llegó una pareja a la isla y se hospedó en el mejor hotel, cuyas habitaciones fuera de temporada son frescas y húmedas. La mujer era polaca, pelirroja y elegante. El hombre tenía las manos grandes y los ojos oscuros. Como permanecían largo rato sentados frente al mar, en una terraza protegida del viento por una cristalera, se les supuso la complicidad de las parejas a las que une un grave secreto. Cuando paseaban por el pueblo, hablaban en voz baja. Alguien captó en su conversación la palabra

«grabación», lo cual los intrigó. Supusieron que serían espías o violinistas.

Un día, se instalaron toda la tarde en La Marine, sin más ocupación que la de mirar a su alrededor, como si el paso del tiempo bastara para distraerlos. ¿A menos que trataran de escuchar las conversaciones ajenas? Tenían quizá uno de esos magnetófonos tan discretos que pasan inadvertidos. Cuando se marcharon del bar, por pura costumbre Valérie les deseó «Ánimo». Contestaron con un cortés «Buenas tardes».

Su paso por la isla soltó las lenguas. Se habló de ellos con pasión durante tres o cuatro días, antes de que el barco se los llevara con un lúgubre mugido. Se marcharon del hotel con una maleta tan pesada que les costaba cargar con ella, y al llegar al puerto la dejaron en el mostrador de embarque.



Valérie se pregunta a veces cuántas copas habrá servido desde el día en que por primera vez se ató a la cintura el delantal azul y blanco de La Marine. Se ha hecho su hueco allí, detrás de la barra del bar, su silueta se reconoce de lejos a través de la cristalera.

Conoce por sus nombres a todos los clientes que en invierno franquean la puerta del establecimiento, y en verano en cambio se mantienen alejados, rehuendo las hordas de turistas, por los que sienten una animadversión no exenta de cierto respeto.

Desde que empezó el asunto de los anónimos, el bar se ha convertido en escenario de temores y consuelo. Allí acuden los parroquianos a informarse de las últimas novedades. Las comentan un rato antes de marcharse, impresionados pero reconfortados. Es también escenario de resistencia, pues piensan que, si no pudieran apoyarse en la barra, explayarse con la mirada fija en el fondo de la copa y quedarse un momento pensativos escuchando a los demás, el autor anónimo camparía a sus anchas. Su poder sería ilimitado.

Las adolescentes de la isla hojean revistas en las que las modelos de tez pálida posan con una mueca seductora y despectiva. En el papel cuché, esas mujeres esbeltas y saturninas llevan botas de montar, cazadoras de cuero y blusas de seda. Posan rodeadas de un revoltijo de accesorios cuyo precio y marca las chicas de la isla conocen con precisión pese a vestir ellas vaqueros

y forros polares.

Podría decirse de Valérie que sonrío todo el tiempo. Su rostro está hecho de tal manera que atrae las miradas. Uno busca refugio en él cuando el mar está agitado.

Un día, en La Marine, Tommy se quitó el jersey y se arremangó la camisa. Valérie reparó por primera vez en un arbusto de rosas rojas tatuado en su antebrazo. Pensó por un instante que esas flores podían ser para ella, pero no tardó en descartar la idea. Seguramente Tommy había elegido ese ramo para una belleza imaginaria, cuyas espinas nunca se clavó y que sería incapaz de nombrar.

Encarna el papel del joven pobre al que las chicas querrían consolar y abrazar, para abandonarlo acto seguido por un marido más sólido. Quedará para siempre en su recuerdo como el escarceo sin mañana, el amor despeinado cuya piel huele a sal y a tabaco. Les regala chokolatinas típicas de la región. Las lleva de paseo en su moto. Gritan su nombre al viento, por pura diversión, pero ya han renunciado a él cuando se agarran a sus hombros o acarician su mejilla mal afeitada. Una cita o dos. Unos besos. Nada más. Entre ellas y él nunca hay nada serio.

Valérie no responde cuando se habla de las cartas. Sin duda es otra cosa lo que a ella le haría soñar. Una herencia inesperada que de pronto convirtiera en millonario a algún allegado. Una película que vinieran a rodar a la isla. Nada real.

René dibuja desde siempre. En La Marine, después del almuerzo, aparta el plato, saca el lápiz y cubre el mantel de papel con monigotes de nariz larga y cuerpecito de hormiga. Tiene talento, eso lo sabe todo el mundo, pero siempre hace sus dibujos deprisa y corriendo. A nadie se le ocurriría conservarlos. Algún día, quizá, haga... ¿el qué? ¿Una exposición, las ilustraciones de un libro, carrera profesional?

La gente mueve la cabeza con una sonrisa indulgente. En esta roca perdida no ocurre nunca nada definitivo. La vida aquí se vive como en borrador, cada uno traza su camino al buen tuntún, cada día que pasa cancela el anterior, a trompicones, hasta el final.

En el continente, a fuerza de avanzar a veces se llega a alguna parte. Pero ¿qué hacer en esta isla más que dar vueltas sin fin? ¿Llenar de dibujos manteles de papel? ¿Enviar anónimos? Todo es tiempo perdido en un profundo silencio.

Los meses se suceden; no ocurre nada. Ya es enero. Gabriel sigue entregando cartas cuyo remitente no se ha dado a conocer. El mal está hecho. El mal está en proceso, y nadie tiene manera de pararlo.

Poco a poco, hasta los mejores se contaminan. Los bonachones acaban soltando una acusación, que fingen lamentar mordiéndose el labio, pero cuánta duplicidad cabe en esta frase: «Mejor no he dicho nada».

¿Por qué moverían un dedo los gendarmes? Esas palabras agridulces no impiden que la Tierra siga girando. No hay base suficiente para una investigación. Si acaso para un pequeño tratado: *Criminología de las intenciones, sociología del tedio*. Pero ¿quién se molestaría en escribirlo?

A veces, sin embargo, darían ganas de mirar por el ojo de la cerradura, de barrer con la mirada las camas deshechas. Sorprender lo que no se sabe ver.

Garabatear preguntas sin respuesta no es más que una manera de rondar, hambrientos, por las habitaciones cerradas. La gente se envía anónimos por ociosidad, por aburrimiento, para desvelar lo inconfesable. Cada cual piensa en los secretos familiares, en las relaciones dulces y malditas, en las inclinaciones nunca confesadas, que a veces el tiempo acaba sacando a la luz.



Frente al bar, la tienda de alimentación es la arena de otro tipo de discurso. Se abre la puerta del primero proclamando las frases propias de un actor que sale a escena: «¡Buenas tardes a todos!»; «¡Qué manera de llover, esto parece el diluvio!»; «¿Os habéis enterado?». En la segunda se entra con más discreción.

En La Marine, los parroquianos se desfogan, bromean y hablan alto. En la tienda, las siluetas son furtivas. Femeninas, matinales y pulcras. En el momento de marcharse, después de pagar, las lenguas se sueltan por fin para una breve charla que interrumpe la llegada del cliente sucesivo. Al abrirse, la puerta pone fin a la conversación. La gente calla o se retracta de sus últimas palabras: «Que quede entre nosotros»; «Bueno, me voy pitando»; «Yo, solo digo que...».

Cada día, a la hora de la compra, las mujeres pronuncian palabras escuetas y cortantes. Sus frases inacabadas dan a entender lo peor. Se persuaden de que son tiempos de odio, que pronto aparecerá un vecino apuñalado, un granero incendiado, un barco con la quilla rajada. ¿Cómo lo saben? No contestan. Si se les pregunta, se cierran en banda. Solo el silencio las hace hablar. Se saca mucho de ellas callando y asintiendo, con una mirada preñada de sobreentendidos.

Así como hay mujeres que nunca pisan el bar, también hay hombres que

no cruzan el umbral de la tienda. Piden lo que necesitan, se quedan delante de la caja y luego se marchan. Nunca se aventuran entre los estantes, como si la tienda fuera un antro.

Por la mañana, Marge se encuentra con su vecina. Gislaine es una persona que no deja nada al azar. Lleva siempre consigo su lista de la compra, botas y paraguas cuando llueve, y una pañoleta para cubrirse la cabeza los días de viento. Inevitable es también su sonrisa fría. En el umbral de la tienda, Marge y Gislaine intercambian unas pocas frases que las convencen de que se llevan bien.

En el bar, el periódico sirve de pretexto para pegar la hebra. Los parroquianos lo cogen, leen una noticia cualquiera y la comparten con quien quiera escuchar. Alguien se hace eco. La conversación puede durar mucho tiempo. La gente se acalora y se enfada. A veces estalla en carcajadas. En la tienda, en cambio, las cosas solo se insinúan.

En el lado par de la calle, escollos y borrascas; enfrente, palabras pronunciadas como con cuentagotas.

En La Marine se burlan del autor de los anónimos, sobre el que cada cual tiene su propia opinión: será una esposa envidiosa, una hija muy pequeña, un ama de casa acomodada, cansada de ir a jugar al tenis y de hacer visitas, dispuesta a llevar el enfrentamiento a otro terreno. En la tienda, en cambio, se teme que se trate de un ogro místico, un chantajista o un cura satánico.

En el primer caso, se interpreta el gesto del autor anónimo como una aberración, un acceso de locura cuyos estragos pronto se arreglarán. En el otro, se adivina la obra de toda una vida, un alma que de pronto se desnuda, un alma que soñaba con la realización propia.

La tendera tiene un temor distinto: que se produzca un envenenamiento que suscitaría un recelo espantoso hacia los alimentos que ella vende en su negocio.



Gwenegan llegó del continente hace dos años para ocupar una vacante en la gendarmería. Le habían dado a entender que sería una sinecura, pues no hay en la isla ni ladrones ni asesinos.

Le gustó dejar atrás tierra firme. Ver alejarse la costa apacible y regular, hasta desaparecer del todo –y hasta ver surgir, tras varias horas de mar, hirsuto y semihundido, ese guijarro casi desierto, donde al cabo del tiempo acabaría sintiéndose como en casa. Se mezclaría con los pescadores, curtidos en la lucha contra la adversidad.

Le gustó afincarse allí. No imaginaba que, al cabo de dos años tranquilos, esos marinos silenciosos perderían la calma por una banal historia de cartas sin firma. Hasta él había llegado el torrente de mezquindades ordinarias. El horizonte se cernía, el torrente se transformaba en serpiente, la espuma en baba.

Irritado por que se adornara la cobardía con bonitas palabras como misterio o fatalidad, se puso manos a la obra para averiguar quién enviaba esas cartas y, sobre todo, por qué lo hacía. ¿Era su autor un justiciero? ¿Un malhechor? ¿Quería poner cada cosa en su sitio o introducir sinuosidades en la línea recta de las vidas?

¿Qué lo atormentaba? ¿Una disputa familiar? ¿Un amor perdido? ¿Una juventud desvanecida?

Obligado a tomar las riendas de la investigación, hizo un llamamiento en busca de testigos, recopiló los anónimos y apuntó la fecha de recepción así como el nombre del destinatario. No tenía sentido tomar las huellas digitales, pues ya habían pasado de mano en mano.

Los releyó. El texto nunca superaba las dos frases, como si su autor hubiera querido ahorrar tinta o temiera que se le escapara una palabra o una expresión que pudiera delatarlo. Gwenegan trató de cruzar los datos que contenían. No se percibía más que un ritmo difuso, flujo y reflujo, que encerraba al destinatario en la pequeña jaula del reproche y la acusación.

Entra en el bar varias veces por semana. Valérie no habla mucho. Se queda delante de él. Por lo general da un motivo para estar allí: pasaba por aquí, estoy buscando a fulanito. A Valérie le parece una señal de tacto esa manera suya de no presentarse nunca en La Marine sin dar explicaciones.

Gwenegan trató de establecer un perfil del autor anónimo. Una mujer sola, un hombre oscuro. Un desclasado que aunaba la discreción a la arrogancia. Se inclinaba por una persona de cierta edad que quizá viviera fuera del pueblo pero integrada probablemente en la pequeña sociedad de la isla. Por encima de toda sospecha, como lo están siempre quienes ocultan sus malas inclinaciones tras los sobres y los sellos.

También podía tratarse de alguien a quien hubieran perjudicado. Se interesó por los procesos judiciales incoados en la isla en los últimos tres años. La pista no llevaba a ninguna parte. Muy pocos litigios llegaban a los tribunales. De hecho, el autor anónimo no privilegiaba un blanco en concreto. Su odio era abstracto, difuso, atemporal, como si quisiera poner a cada uno ante su propia realidad y avergonzarlo de lo que era. No parecía guardar más rencor a una persona que a otra.

Parecía que se hubiera puesto en marcha una máquina infernal, cuyo tictac prometía un estallido ensordecedor. En las islas se aburre uno mucho. ¿Quién podía ser, pues, el autor de las cartas sino alguien ocioso? Quizá hubiera iniciado un ajuste de cuentas, en cuyo caso, con la marea llegaría pronto un torrente de cartas.

Volvió las postales. En el anverso, imágenes banales de felicidad. Tres gaviotas risueñas. Dos ancianas con el rostro apergaminado y bocas desdentadas y maliciosas. Un paisaje de calas y arrecifes. La roda de un barco, un muelle, rompientes. Gwenegan vio cuál era la firma que faltaba en el reverso: la isla misma. Quizá la única parte en esa causa fuera esa geografía infernal que tanto lo había asombrado los primeros días. La dureza del granito había terminado por alterar profundamente a los hombres, que se habían puesto a enviarse anónimos. Cada cual sangra a su manera.

El fallo de ese razonamiento se revelaba en su conclusión: si todo el mundo era culpable, no detendría a nadie. Como de él se esperaba que tomara una decisión, anunció que desde ese momento se vigilarían los buzones, lo cual, habida cuenta de sus efectivos, no pasaba de ser un deseo quimérico.

Al atardecer, cuando volvía a su casa se fijó en un cuervo que parecía herido y al que dos cormoranes observaban de reojo.



Los anónimos no contienen anatema ni imprecación. Son piedras arrojadas al agua negra. Gritos cuyo eco resulta inaudible.

–La vida entera es una pregunta sin respuesta –lanza un parroquiano filósofo.

–Y nunca sabes quién te la hace –contesta otro, que le lleva dos copas de ventaja.

Marge los escucha. En tiempos fue joven y alegre, probablemente guapa. Todavía sabe mostrarse divertida. Gwenegan se sienta a su mesa y aborda con ella la cuestión de los anónimos.

–Usted conoce a la gente de aquí mucho mejor que yo.

Marge baja la cabeza.

–No, no la conozco. En esta isla las casas están pegadas unas a otras, pero la gente se rehúye. Llevo aquí toda la vida, pero no sé más que usted.

Pasa la mano por la mesa como si quisiera limpiarla. Y Gwenegan se sorprende a sí mismo diciendo:

–En el fondo, me lo imaginaba.

La vida de los isleños ya no es como era. Cuando están unos con otros el

tiempo suficiente, evocan tiempos pasados. Recuerdan que hace unos meses –una eternidad–, se llevaban bien y no había sombras entre ellos. Este tiempo que parece tan lejano ha quedado como en suspenso, junto con el otoño.

La sospecha ha tomado el relevo. Se pacta de manera implícita. Una costumbre rápidamente adquirida y que, más que unir, federa. Los habladores son cómplices sin ser solidarios. Los codazos han sustituido a las palmaditas en la espalda.

Detrás de todo eso, una silueta. Una pluma. Unos sellos. Hasta podría parecerles divertido si no fuera por la desazón que sienten.

El momento preferido de Gwenegan es cuando, al entrar en el bar, saluda a todo el mundo, buscando con la mirada a Valérie. Los anónimos parecen no hacer mella en ella. Pertenece a un mundo sin sellos y sin sobres. Algunos quieren creer que su sola presencia podrá hacer que cesen los envíos. Tiene en el rostro, a modo de sonrisa, la expresión feliz de quienes hablan poco y cuyos gestos están cargados de vida.

La Marine será el último bastión en caer, el día en que el mar cubra toda la isla. En el momento postrero, los ventanales se harán añicos y las aguas invadirán esa madriguera donde los isleños han instalado lo necesario para soportar la vida: el confinamiento, el estar codo con codo, el olor a alcohol mezclado con el de fritura. Allí se aclaran la voz, allí se aburren y allí fraternizan, de una manera que les permite recuperar fuerzas.

Valérie repite el nombre de Gwenegan, lo hace tintinear como un cascabel que solo ella parece oír. Le gusta la extraña mirada que le dirige cuando sus ojos se pierden en el horizonte, se tornan despacio del color del mar y vuelven, pensativos aún, a posarse sobre ella.



Con el pretexto de colaborar con las fuerzas del orden, cada quien se volvió más alerta, vigilando las idas y venidas a la oficina de correos, lo que resultó ser una tarea tediosa. Dejando a los espías a su aburrimiento, el autor de los anónimos los cogió a todos por sorpresa, haciendo llegar su octava misiva por un camino más prudente y a la vez más arriesgado.

El segundo domingo de enero, fecha en que cada año se organizaba en la isla un mercadillo, en uno de los tenderetes había expuesto un libro para tratar de atraer la atención de algún curioso. De dicho libro cayó un sobre en un momento dado. Alguien lo había metido entre las páginas, a una hora imposible de precisar. El nombre del destinatario podía leerse en letras de palo.

La historia corrió de boca en boca. Durante horas, los presentes habían pasado por el puesto en el que se acumulaban cachivaches maravillosos o absurdos. Habían curioseado, rebuscado y regateado. De pronto, la carta apareció entre unas manos inocentes.

El hallazgo fue como una explosión. Durante la mañana, los curiosos habían tenido que cruzarse a la fuerza con el autor de los anónimos. De haber sido lo bastante listos para identificarlo, habrían podido desenmascararlo.

La gente se arremolinó. Prudence, la dueña del puesto, se ajustó el chal sobre los hombros y subió el precio de su mercancía. A todo el que se acercaba le narraba cómo había sobrecogido a los curiosos la aparición del sobre. Se había oído un grito, había habido lágrimas, quizá hasta un desmayo. Cada vez añadía un detalle nuevo a su relato.

Además del nombre y la dirección del destinatario, en el sobre cerrado ponía también «Entregar en mano». Nadie cuestionó la importancia de hacer llegar la carta al interesado, pero no se manifestó ningún voluntario.

Alertado por el rumor general, este –un hombre de unos cuarenta años del que nadie había tenido nunca motivo de queja– se presentó al final de la tarde. Antes de recoger la carta, precisó que su contenido le traía sin cuidado.

–Entonces ¿por qué viene a buscarla? –preguntó Prudence, irritada.

–Para evitar, mi querida señora, que otros la abran en mi lugar y hablen mal de mí a mis espaldas durante semanas.

Ese «mi querida señora» ofendió a Prudence, que había conocido su momento de gloria durante la tarde. No sin renuencia, entregó la carta a su destinatario, el cual no solo no tuvo la delicadeza de abrirla delante de ella, sino que ni siquiera le dio las gracias.

Esa noche Prudence soñó que participaba en una gala en la que, en un escenario inundado de luz, le correspondía el honor de entregar el Óscar al mejor autor anónimo. Embutida en un vestido de *strass*, abrió el sobre para proclamar el nombre del vencedor. Por desgracia, este no contenía más que una tarjeta en blanco. Desconcertada, Prudence se quedó mirando al público. Empezaron a oírse abucheos en la sala. Se despertó empapada en sudor.

Los días sucesivos se relajó la vigilancia de los buzones, que nunca había sido muy eficaz, y los isleños pasaron a espiarse más unos a otros. El asedio era severo. Se sospechaba de todos y de nadie. Era imposible adivinar dónde aparecería la carta siguiente.

Esta llegó por correo, tranquilamente, algo que nadie esperaba. El autor anónimo volvía a sus preferencias iniciales. Entre ayes y lamentos, Gabriel reanudó su tarea.



Por la mañana, a la hora en que el bar abre sus puertas, entra un parroquiano que venía del puerto y comunica una noticia de lo más inquietante: entre las quillas de dos barcos flotaba al amanecer una mano humana. Irène ha sido la primera en verla y dar la alerta.

La sala se vacía al instante. Todo el mundo quiere estar presente cuando gendarmes y pescadores sondeen las aguas. Valérie se queda sola.

Detrás de la barra, espera noticias durante un tiempo que se le hace eterno.

Una sola vez subió Gwenegan al apartamento que Valérie ocupa, justo encima de La Marine. Esta le había pedido ayuda para mover un mueble, lo que le llevó menos de cinco minutos. Había otro hombre con él. Al entrar en la habitación miró por la ventana, pero se abstuvo de observar los objetos, las fotos en sus marcos y los cuadros de las paredes.

Reparó en un añico de cristal en el suelo. ¿Un gesto de rabia? Era poco probable. En el teatro las mujeres levantan la voz y rompen jarrones, y en el cine son botellas lo que hacen añicos, arrojándolas contra las paredes.

Sin saber por qué, a veces recuerda ese añico de cristal que no recogió por pudor. Un objeto en el suelo es como una cama deshecha, un cepillo en el cuarto de baño o un zapato descabalado. Parcelas de vida íntima que encierran parte del misterio de las personas a las que amamos.

Si se hubiera guardado el añico en el bolsillo, allí se habría quedado hasta

que rompiera la tela y cayera al fondo del forro, y de allí no lo habría sacado.

La sala del bar vuelve a llenarse. La gente no se cansa de contar la historia. Los pescadores sondearon mucho tiempo el agua negra de las cuencas, hasta que uno de ellos terminó por sacar un guante de goma descolorido. Esa es la mano que Irène había creído ver. ¡Menuda captura! Se burlan de ella sin malicia, al tiempo que le ofrecen una copita de vino blanco. Le recomiendan que se cambie de gafas. Se ríen de su terror como si no lo hubieran compartido.



Gwenegan se había casado unos años antes con una muchacha poética que, entre otras prendas, tenía el bonito nombre de Alicia. Hay quien duda o posterga las cosas. Él, en cambio, la había querido sin fisuras, desde la primera mirada y para siempre. Tras veinte años de matrimonio, al ver a tantas parejas adoptar el mal hábito de acostumbrarse, él aún se asombraba de la belleza de su mujer. Pero, conforme su amor iba creciendo, surgían en su ánimo dudas y reservas.

Alicia, a la que había escogido entre todas, ¿lo había escogido a él? ¿Había deseado ella ardientemente compartir su vida con él? ¿No habría acogido a cualquier otro hombre con la misma sonrisa, la misma alegría burlona y temeraria?

Un día en que le preguntó con poco tino lo que sentía por él, ocultando su pregunta detrás de otra, más general –¿quién soy yo para ti?–, Alicia contestó sorprendida:

–¿Pues quién vas a ser? Mi marido.

Gwenegan se sintió defraudado, pues para él –¿a quién podría habérselo confesado?– Alicia era mucho más que su mujer.

Alicia parece contenta de vivir en la isla. Siguió a su esposo hasta allí, sin sorprenderse de que él eligiera aislarse en mitad del mar. Las casas que habita son lugares de paso donde coloca cestas y cojines, cerámica de colores y

fotos de vacaciones. Se siente como en casa en todas partes, siempre y cuando él esté con ella, incluso en ese páramo de olas y granito cuyos habitantes la saludan como a una extraña.

Las únicas preguntas que le hacen tienen que ver con su instalación. ¿Se ha acostumbrado al viento y la sal? ¿Necesita algo? Ella los tranquiliza con una sonrisa. Sí, se encuentra bien en esa roca. Les agradece su acogida.

No le preguntan por sus años en tierra. Deben de pensar que los vivió otra persona.

Cuando, a su vez, ella se interesa por la vida de ellos, hacen un gesto de apuro. No están acostumbrados a hablar de sí mismos. ¿De qué sirve contar? Lo que son hoy lo serán también mañana, y les parece haberlo sido siempre. No se convierten en nada nuevo; siguen siendo tal como eran, lo cual no da mucho pie para entablar conversación.



Los isleños han pasado a ser gente que se observa. Han roto el bendito pacto de indiferencia que los unía con lazos distendidos. Sus gestos y sus palabras ahora forman redes. Todo adquiere sentido. La palabra de uno, pronunciada al azar, completa la frase truncada de otro. Se entregan a un juego de pistas sin final.

Valérie se ha fijado en que René ya no dibuja. Después de comer, al retirarle el plato, este se queda mirando el mantel de papel, pero su mano permanece inmóvil, y el lápiz no sale de su bolsillo. Se acabaron los monigotes de cabeza redonda y cuerpo de hormiga.

Quizá haya recibido una carta en la que alguien se burla de sus dibujos y de su escaso talento. Herido en su amor propio, baja la mirada como un niño castigado.

Gwenegan se relaja mirando los rostros impasibles. Estos últimos días, algunos isleños que conservaban la cabeza alta y la mirada clara le parecían revestidos de una extraña belleza. En los rasgos de los demás, la angustia se manifiesta en una crispación que, una vez vista, ya no te quitas de la cabeza.

En el reverso de los vestidos más bonitos se ve la fealdad de las costuras, las imperfecciones del tejido, el surco sin poesía de una cremallera. ¿Alguien ha

dado la vuelta a la isla alguna vez? Detrás de la espuma y los acantilados se distinguen ahora retazos de tela mal ajustados, costuras irregulares, tan inevitables como la maraña de venas y ligamentos bajo la piel. El espantoso desorden que revela un cuerpo desollado.

Las noches son penosas. La lluvia golpea contra los postigos, el viento crispera los cuerpos. A veces no se aguanta en la cama. Se enciende de nuevo la luz y se anda un poco por la casa para disipar la angustia.

—¿Le cuesta dormir? —pregunta uno a un vecino.

Este no se atreve a responder. El sí es imposible. ¿Qué uso se haría de una confesión como esa?

Algunos hablan solos, cosa que antes no ocurría. Cuando te cruzas con ellos al doblar una esquina, sorprendes en sus labios las voces de una discusión sincopada, llena de sobresaltos y de exclamaciones sordas, que oscilan entre el reproche y la repulsa. ¿Dónde están las actas del extraño proceso que instruyen contra sí mismos? ¿Dónde, el peso de las faltas, las punzadas del remordimiento y el veneno de las comparaciones?

¿De qué tienen miedo las mujeres que prohíben a sus hijos salir a jugar?

Los hombres se burlan de ellas sin maldad:

—¿Temes que a tu hijo le alcance una carta anónima en un ojo?

Las mujeres no contestan. Sienten que en pocos meses la isla se ha poblado de asesinos.

Los hay que avanzan con las manos hacia delante, crispadas, como si quisieran estrangular a su propia sombra. ¿A quién quieren suprimir? ¿Al autor de los anónimos? Mejor no pensarlo siquiera: evitaría su gesto. Y ¿dónde encontrarlo, de hecho? Está ya en todas partes. ¿Qué hacer entonces para liberar el odio? Abandonarse a la Providencia. Matar al azar. Si las

cartas las ha mandado el diablo, algo que nadie cuestiona, la justicia, sea cual sea, será obra de Dios.

Habrá que asesinar. Golpear a ciegas, hasta que cese por fin el maleficio, del que se librarán como se libra uno siempre del mal: cometiéndolo a su vez.

La tempestad ruge varios días. El viento arranca a las piedras un zumbido semejante al de un avión. Los barcos no abandonan el puerto, ni los isleños sus casas, a la espera de que se aplaquen los elementos.

Gabriel no se aventura por los caminos, lo que suspende el reparto del correo. La situación se vuelve extraña. Por primera vez en su historia, los isleños tienen la impresión de que el huracán los protege.



Solange, que hacía años que se sentía ahogada en la isla, decidió animar a los silenciosos a hablar. Lo que nos perturba es todo lo que callamos, explicó a sus allegados antes de decidirse a ir a ver al alcalde. Aprendamos a comunicarnos, expresemos nuestros rencores y nuestras reservas, y los anónimos desaparecerán como por ensalmo.

–Si de lo que se trata es de curar el mal por el mal –sugirió una voz irónica–, ¿por qué no crear un club de difamación?

–Excelente idea –aprobó alguien–. Allí se aprendería a redactar cartas amenazadoras o injuriosas. Si esos cursos fueran obligatorios, pronto la recepción de un anónimo ya no suscitara ninguna emoción.

Los burlones se desfogaron a gusto, pero Solange no se arredró. De este modo nació el Club de la Palabra, cuya primera sesión se celebró el jueves 23 de enero a las dos de la tarde, en una sala cedida por el ayuntamiento. Aun sin respaldar del todo el proyecto, el alcalde no había querido tampoco desalentarlo.

En la isla la inmensidad ya no sorprende a nadie. Es parte de la vida cotidiana. Se contempla el infinito cada mañana al desperezarse y cada noche al sacar la basura. Es un privilegio que puede volver loco a más de uno, pues la inmensidad no impide el confinamiento. Son siempre las mismas personas las que se encuentran y se saludan en la calle. El pensamiento vuela lejos,

pero el paseo tiene límites.

Cuando llegó el día del Club de la Palabra, los allegados y los vecinos de Solange, que no se habían atrevido a rechazar su invitación, se aventuraron en la sala. Esta los recibió con una sonrisa, café y pastas. Se acomodaron alrededor de la mesa.

Una vez reunidos los participantes, que acudían sin llevar preparados ni reproches ni recriminaciones, se extrañaron de que Solange les pidiera que iniciaran la sesión. ¿Tenía alguien algo que reprochar a los demás? ¡Por supuesto que no, vaya idea! En la isla, los reproches tácitos eran el cemento de toda sociabilidad.

El balance del encuentro dejó bastante que desear. Los participantes bajaban la mirada en silencio, lo cual solo parecía contrariar a Solange. Hablaron poco, pero al despedirse se prometieron volver a verse pronto.

Valérie no conoce a su padre. Es hija del amor, dicen a veces de ella, con ese tonillo indulgente que señala una anomalía.

Los hijos y las hijas de buena calidad se conciben con seriedad en el frío lecho conyugal. Los que deben su nacimiento al deseo, a la casualidad o a la suerte permanecen siempre al margen del mundo. No luchan en las guerras. No salvan almas. No fundan fábricas. Valérie tuvo suerte de encontrar trabajo en La Marine. Figúrense, una hija del amor.

Cuando volvió a reunirse el Club de la Palabra, era como si Solange hubiera ganado autoridad. Pronunció unas cuantas frases. La primera sesión había sido una mera toma de contacto. Ahora tocaba ir al grano.

Apartándose un poco de los participantes, los animó a decir lo que les pesaba en el alma. Estos no entendían bien a qué se refería con eso. Cuando apeló a la buena voluntad de cada uno, se hicieron los sordos, pero la tensión aumentó. El clima amenazaba tormenta. Dos viejas amigas aceptaron lanzar el debate, diciendo lo que pensaban la una de la otra.

–Querida Thérèse –empezó Lison–, hasta donde mi memoria alcanza, siempre te he apreciado. Eras tan alegre, tan bonita. Estabas hecha para casarte con un príncipe azul. Pero la vida tenía otros planes para ti. Sin embargo, nunca te he oído pronunciar una queja ni una crítica contra tu marido, y eso que vuestra convivencia no era fácil. Déjame que te diga la verdad, puesto que eso es lo que se nos pide aquí: te admiro.

–Mi queridísima Lison –respondió Thérèse–, aprecio tu franqueza y tu amistad. No es fácil hablar como acabas de hacerlo tú. Pero siempre es arriesgado juzgar al marido de otra: la crítica y el deseo suelen ir de la mano. Cuando me prometí con Léon, una de mis primas me aconsejó que lo pensara bien. ¡Más adelante, me enteré de que estaba secretamente enamorada de él! El discursito que acabas de soltar tiene tintes de confesión. Ahora me toca a mí ser franca contigo. No lamentes nada, querida Lison: no tenías ninguna oportunidad con él.

Solange asentía para alentarlas. Con un vasito de café entre los dedos, los participantes miraban las pastas sin atreverse a coger una.

Cuando las dos voluntarias descubrieron que igual habían hablado de más, se mordieron los labios. En vano sondearon la mirada de sus vecinos. Fuera, la tormenta había estallado por fin. La lluvia lavaba los cristales. Las dos amigas se marcharon sin despedirse. El grupo se separó, algo confuso.

De vuelta en casa, Thérèse y Lison, que se habían volcado en ayudar a Solange, sintieron rabia hacia ella por haberles tendido esa trampa. Ganas les dieron de mandarle una carta para decirle lo que pensaban de ella.



El día antes de zarpar rumbo a la isla, la humildad de cuyas casas resulta conmovedora, Gwenegan quiso volver a ver un monumento de verdad, uno de esos grandes edificios que se yerguen en tierra firme. Quería estremecerse por última vez bajo las bóvedas de la catedral de san Donaciano, que domina la costa, aventurarse bajo sus pilares, avanzar por el enlosado, donde resonarían sus pasos.

La visita lo dejó insatisfecho. El monumento no se correspondía con el recuerdo que tenía de él. Bajo la pureza de la ojiva, en la que se perdía la mirada, los capiteles albergaban una exultante hermandad de malhechores. Gwenegan se sintió burlado por los monstruos, que rivalizaban en muecas a cual más grotesca, ante la expresión impasible de los dichosos. Esas hordas de diablos con garras proliferaban en el interior del santuario, prometiendo al visitante, con una sonrisa de alcahueta, el infernal rancho de la parrilla y el caldero.

Ese día, Gwenegan se despidió de la paz de las catedrales. Lejos de sentirse tocado por la gracia, en la nave del santuario tuvo una revelación inversa: fue consciente del poder sumo del mal.

Al principio se concentró en instalarse, sin darse cuenta siquiera de que había cambiado de universo. Cuando estaba en la ciudad, le gustaba mirar a los viandantes, que se dirigían cada cual a sus ocupaciones, ajetreados,

únicos. Cada instante era un espectáculo. Desde que vive en la isla, la gente ya no le importa tanto. Lo que le interesa son los paisajes, el mar, las nubes. Los rostros ya no lo atraen. Los barcos, por el contrario, o las variaciones de luz lo fascinan.

Lo que más lo asombraba al principio del invierno era la humedad, presente en todas partes. En cuanto se acabó el buen tiempo, las toallas ya no secaban. En las habitaciones olía a moho. El espejo de los cuartos de baño estaba empañado por una especie de vaho. Nunca veías tu reflejo claramente, solo lo adivinabas, inquieto y borroso.

La investigación aguarda. En el continente se busca a un culpable como una aguja en un pajar. En la isla es todo lo contrario: el autor de los hechos no puede ser un desconocido. Para atraparlo se puede optar entre desenmascararlo o descartar a todos los demás.

De la misma manera que bajo tierra se cruzan invisibles raíces, entremezclando la vida de la vegetación, los isleños están ligados unos a otros por fibras de trazado soterrado. En cualquier otra parte, las personas pueden creer que no tienen nada en común, lo cual no deja de ser una ilusión, habida cuenta de los encuentros, materiales o no, entre las vidas, de los paralelismos de destino y de comportamiento o de las afinidades que siempre unen entre sí las vidas de los hombres.

En la isla esta ficción no se da. Todos son de la misma especie. Escribir a tu vecino es acusarte a ti mismo. No firmar es rechazar esa línea, tan tenue, que separa el yo del vosotros, y que todo el mundo sabe que es una mera convención.

Gwenegan se resolvió a hablar con el médico de la isla, con el que nunca había tratado. El doctor tenía maletín y gafas, la voz alegre y el sobrepeso propio de un notable. Terminaba cada frase con una nota aguda que parecía querer decir: «Vamos, nada de lo que tiene es grave, aún no ha llegado su

hora». El asunto de los anónimos no le causaba ni sorpresa ni decepción. Hacía tiempo que había asentado su vida sobre la certeza de que la naturaleza humana no tenía nada que enseñarle que no supiera ya.

La visita siguiente fue para el cura, ante el cual se inclinaban en la capilla algunas cabezas canas. Gwenegan suponía que aunque el sacerdote hubiera accedido a desvelarle el contenido de las confesiones, este no le habría enseñado nada nuevo. Solo se confiesa lo confesable. La visita a la rectoría le reveló sobre todo la espantosa soledad en la que vivía el religioso, su compasión sin límites y sin contenido y su manera casi drúidica de hablar con las piedras, las cuales algunas tardes de invierno sin duda le respondían.

No le lleva mucho tiempo releer todos los anónimos. Dejando a un lado lo que dicen, Gwenegan se pregunta qué callan, qué se guarda para sí su autor. Comparado con ese silencio, la elipsis de la firma le parece un misterio menor.

Sobre todos aquellos con los que se encuentra a lo largo del día se pregunta no si podrían ser el autor sin firma –así formulada, la pregunta es demasiado precisa–, sino hasta dónde pueden llegar su poder de ocultamiento y su deseo de introducirse en la vida de los demás o de hacerles perder la razón.

Para explorar esta vía no tiene más brújula que él mismo. Acostumbra sus ojos a su propia oscuridad antes de sumirse en la penumbra de los demás. Se mete en su piel, imagina sus casas. Busca el escritorio y la silla, la tarjeta y el bolígrafo, y acecha su mano derecha. Este método de trabajo, si puede considerarse tal, no se tomaría en serio en el continente, pero este se encuentra muy lejos: a años luz, a siglos océano.



En La Marine, Valérie oye hablar de los anónimos todos los días.

–¿Y a ti no te ha escrito nadie? –pregunta un hombre, fingiendo compasión.

Ella se encoge de hombros.

–No, claro que no, ¿quién iba a querer...?

Este descubre en el gesto de Valérie, en su tono, una certeza que podría ofender a los presentes.

El hombre se apresura a protestar:

–Pues con lo guapa que eres, bien podrías haber recibido un anónimo tú también.

Nunca le habían echado un piropo tan acerado.

Por primera vez, *Le Littoral* se hace eco de los anónimos. El editorial lleva por título: «¿Quién se la tiene jurada a los isleños?», una pregunta más fácil de hacer que de responder.

No es frecuente que un diario del continente se interese por la isla.

–¡Menuda publicidad! –exclama uno.

–¿Para nosotros o para el autor de las cartas?

–¡Para nosotros! –contesta una voz–. Seguro que esto atraerá a más de uno.

–¡Y a otros muchos los espantará!

–Los periodistas mejor harían en callarse.

El artículo circula de mano en mano, algunos lo encuentran inoportuno, o complaciente, o inútil –en cualquier caso, demasiado breve.

Émilie siempre ha vivido en la isla, que es a la vez su territorio y su confín. Es respetada por todos en su calidad de única descendiente de una familia antigua cuyo apellido se extinguirá con ella. Su aura es frágil, no obstante, pues solo llega hasta los arrecifes que bordean la parte norte y las playas que delimitan la parte sur. Émilie nunca ha estado en el continente.

Desde que su cabello encaneció, se lo recoge en un moño a modo de corona. Cuando habla, quien la escucha comparte su opinión, que ella se esmera en que suene comedida e indulgente, blanda como una ola, sin aristas, como un canto rodado.

Gwenegan se ha fijado en que ciertas palabras que en tierra escuchaba todos los días no tienen cabida en la isla. ¿Para qué se emplearían? *Financiación*, por ejemplo, un término antes tan manido. Le parece que esa palabra ya no existe. ¿Qué significaba exactamente?

Escucha el trino de las aves marinas, infinitamente variado. Su alegría no está exenta de espanto. De pronto, una de ellas mezcla con la música de las olas un quejido largo y siniestro, rematado por una carcajada.

Émilie abrió la puerta del bar, saludó a todo el mundo y pidió con voz clara:

–Un paquete de sellos, por favor.

Después alargó la mano hacia el expositor para coger dos postales que había tardado un rato en elegir. Los parroquianos se miraban unos a otros sin decir nada. Cuando salió del bar, cerrando la puerta tras de sí, volvieron a respirar tranquilos.

Esa misma noche Émilie envió las postales a sus vecinos que se habían quejado de haber sido blanco del autor anónimo. Desafiando todas las miradas, las echó al buzón que había enfrente del ayuntamiento, a plena luz del día.

A fuerza de pensarlo, los isleños acaban encontrando en sí mismos un motivo de culpa. Si reciben una postal benigna, creen adivinar que el autor anónimo lo hace para prolongar su agonía. Lo ven como un signo de crueldad y no de indulgencia.

Cuando los destinatarios recibieron las dos postales de Émilie, se quedaron perplejos. Aunque se parecían enormemente a las misivas anónimas –el mismo sello, una Marianne verde, el mismo sobre apaisado, las mismas letras de palo–, el nombre y la dirección del remitente aparecían en el reverso. ¿Qué querría de ellos Émilie?

Las abrieron con aprensión y, tras leerlas, sintieron una oleada de alivio que les hizo ruborizarse.

Las postales decían lo siguiente:

«Es usted una mujer bonita, Caroline. ¿Qué tiene que temer del autor anónimo? No puede alterar su belleza.»

«Querido Joseph: si le disgustan ciertas misivas, deshágase de ellas en lugar de quejarse. El mundo está lleno de contenedores destinados a recoger el papel indeseable.»

Apaciguados, Caroline y Joseph lamentaron, sin embargo, que el misterio del primer envío no se hubiera disipado del todo.

–Ya que nuestra isla alberga a un pajarraco malévolos –les explicó Émilie cuando se los encontró al día siguiente–, he decidido ser a mi vez un ave benévola, una paloma. Ya verán como, en poco tiempo, se hablará mucho más de mí que de ese pájaro de mal agüero.

La joven pareja le dio las gracias, sin entender del todo lo que tramaba.

Dos días más tarde, *Le Littoral* publicó un artículo sobre Émilie. Perdidos en medio del mar, dos aves se medían con la mirada, cada una en su árbol, una oculta, y la otra a plena luz.



¿De verdad se habló de Émilie, la paloma? Mucho menos que del pajarraco malévolo, cuyo relevo había tratado esta de tomar. No perdía ocasión de enviar unas palabritas de ánimo a quien se quejara de haber recibido una carta anónima. Pero su empresa no interesó a los parroquianos de La Marine, que parecían encontrar más sabrosos los malos sentimientos que los buenos.

Entre los isleños, Gwenegan descarta de entrada a algunos, no tanto por su franqueza y su cordialidad como por su situación familiar: ¿cómo graznar cuando se tiene mujer e hijos?

Mantiene, sin embargo, en su lista de sospechosos a los destinatarios de los primeros anónimos. Muchos malvados muestran la prudencia de incluirse a sí mismos en los envíos. Figurar entre las víctimas no basta para alejar sospechas.

Piensa que el autor de los anónimos debe de ser reconocible por su mirada ávida, su manera de callar cuando otros se abandonan a las confidencias y su curiosidad incesante. ¿Quién en la isla es, pues, de mirada huidiza, voz fingida y gestos parcos? Gwenegan no tarda en darse cuenta de que su retrato robot es un cúmulo de lugares comunes.

Rectifica, considera y reconsidera. Tiene tiempo de sobra, pero su juicio ha de ser definitivo. Nada de devolver a la lista un nombre que ya haya

descartado. Por ello ha de proceder despacio.

Otro enfoque consiste en preguntarse si en tal o cual persona el lado oscuro que todos tenemos, intrusivo y malévolos, puede adoptar la forma epistolar, tan comedida, tan diferida, propia de una crueldad sofisticada. Pronto quedan descartados de ese juego los violentos, los sanguíneos, los impulsivos y los que carecen por completo de tacto.



Una tarde se queda solo en el bar con Valérie. Apenas conversan, pero la manera que tiene esta de hablar de los isleños suscita en él nuevas preguntas. Hace tiempo que la mayoría son autores anónimos silenciosos. ¿Cómo saber por qué uno de ellos rompe de pronto ese silencio o por qué los otros siguen callados? ¿Qué les retiene de escribir? Será que expresan sus reproches de otra manera.

Gwenegan comprende que se ha precipitado, lo cual es un defecto de continental. Gracias a Valérie, la investigación toma otro rumbo. Es por su dulzura extrema por lo que ciertas mujeres de la isla ahora le parecen temibles. Cuando todo te impide acusar a los demás, solo quedan los escritos anónimos. En una de esas mujeres sorprende un tonillo desaprobador, otra suelta de vez en cuando alguna que otra pulla, otra se decanta por el registro de la queja: lamentarse es su manera de fustigar a los demás. Gwenegan busca a aquella que solo recurra a un tono meloso y a palabras amables.

Desde que dirige sobre las personas esta mirada de búho, desde que entra en su noche, Gwenegan se aventura a aunar al azar la culpa y la inocencia. Se pueden enviar cartas anónimas casi por descuido, o porque el interés por los demás adopta un buen día una forma inesperada. Se puede cruzar una raya solo para demostrarse a uno mismo que dicha raya existía.

Cuando piensa en exceso, los rostros se difuminan. Ya solo ve un personaje único, mineral y maléfico –la isla–, para quien la vida de los hombres importa poco más que la de las conchas o los líquenes.

Si la más inocente es también la más sospechosa, entonces la autora de los anónimos bien podría ser Valérie. Indiferente, inatacable. Conoce a todo el mundo y todo el mundo la aprecia, y sigue día a día el folletín de las misivas. Está en el corazón del juego. ¿Por qué habría Gwenegan de descartar de entrada esta hipótesis?

Valérie le lee la sospecha en la mirada, pero no se ofende por ello. Son cosas que pasan, como la infidelidad en ciertas parejas o la traición en las familias.

Gwenegan va regularmente a La Marine. Valérie no puede evitar contar los días. No vino ni el sábado ni el domingo. El bar cierra los lunes. Estamos a martes, por lo que quizá venga luego. Mañana como tarde. Se atusa el cabello.

Algunas semanas, sin embargo, cuando llueven los anónimos, entra en el bar todos los días. Y esos días se queda mucho rato.



Ocurrió casi por casualidad. Él pasaba en ese momento por la calle. Valérie se disponía a cerrar. Subió a su habitación y sus cuerpos se encontraron fácilmente. No encendió la luz. Nadie se enteró.

Se encuentran. Se sonríen. Se reúnen en una habitación. Ternura. Caricias. Un hombre se marcha en la noche, y durante varias semanas no pensará en otra cosa. Ante la mirada de los isleños, Gwenegan piensa en Valérie, que pasa el día entero con aire distraído, detrás de la barra del bar.

Al despedirse se intercambian los teléfonos. Nadie imagina que se mandan mensajes.

Pienso en ti. Qué guapa eres.

¿Cuándo nos vemos?

Ahora no es posible.

Valérie sonríe cuando oye hablar de esas brujas a las que, en tiempos, quemaban en la hoguera.

–Puede que hace unos siglos te hubieran quemado a ti.

No lo cree. Piensa que la intención de esas mujeres, viejas y malas, era hacer el mal.

—No —explica Émilie—. Entre los que murieron quemados en la hoguera, Michelet cita un colegial de once años en Wurzburg; en Bayona, una muchacha de quince y otras dos de diecisiete. Según explica el historiador, en ciertas épocas al odio le basta esta sola palabra, *bruja*, para matar a quien quiera. «La envidia femenina y la codicia masculina se apoderan de un arma tan cómoda. ¿Que tal mujer es rica?... *Bruja*. ¿Que tal otra es hermosa?... *Bruja*.»

Valérie está tranquila: ella no ha enviado los anónimos. Su ingenuidad les provoca escalofríos. ¿Acaso no sabe que, en esos casos, rara vez se elimina al autor de la fechoría sino a aquel al que se considera responsable?

Valérie niega con la cabeza, con una sonrisa incrédula:

—A mí no me ha escrito nadie.

—Aún no, claro, pero ¿y si el autor de los anónimos hubiera decidido tomarse su tiempo? ¿Quizá te reserve a ti su última misiva?

La inquietud sigue sin penetrar la mirada de Valérie.

—Alguien tiene que ser el responsable —espeta un parroquiano, exasperado. Su tono es arrogante y su voz, áspera.

Esta vez Valérie sí se da por aludida y no contesta.

El que ha hablado así quizá no ande tan desencaminado. Si la isla tiene un lado oscuro, ¿de quién es la culpa sino de la luz?

Valérie y Gwenegan se envían otros mensajes.

Deberías escribirme más.

Para serte sincero, me ha entrado miedo. Me gustas mucho.

Nos queremos, pero no es tan sencillo. Tú tienes a tu mujer, y yo tengo mi vida.

No cuentas mucho.

Iba a escribirte.

Pero no lo has hecho.

El misterio que rodea a las personas no se disipa. Aunque Alicia comparte

su lecho con él desde hace años, Gwenegan ignora sobre qué visiones se cierran sus párpados cuando busca conciliar el sueño a su lado. Si recibiera una misiva –en la que la pluma anónima dejara caer, por ejemplo, el nombre de Valérie–, no sabe si se lo contaría.



¿Qué ojo es ese que te mira a todas horas y dondequiera que estés? Y ese olor a muerte, que creías no conocer y que, sin embargo, has nombrado sin vacilar. Algo incierto empieza a tomar forma. La gente se interroga con la mirada mientras aguarda, sin atreverse a decir nada.

Hay una hipótesis que cada cual ha formulado en su fuero interno. Si la pluma anónima es perspicaz, dejará de enviar cartas en cuanto se anuncie la primera muerte. A ojos de todos, ese muerto se convertirá en el eterno culpable, y la isla se librerá de su pájaro de mal agüero. Es una idea reconfortante, y algunas noches, despreocupados, los isleños imaginan ya que oyen doblar las campanas.

Sí, tiene que morir alguien para que cese esa tensión, esa mirada al soslayo, ese curioso malestar que sienten a su pesar. Y, como consideran que la próxima esquela pondrá fin a los anónimos, ahora ven con menos respeto a los enfermos y a los viejos. Da igual que el difunto sea o no culpable. Con él se enterrará también al autor de las misivas.

A menos que alguien pierda la paciencia y decida remplazar al destino. Un crimen traería el descanso, pues lo irreparable suprime lo intolerable. Da igual la manera, hay que acabar ya con esas acusaciones irónicas y desgarradoras. Los isleños ya no saben dónde mirar. Se sienten como si bajaran por un río desconocido, entre dos telones de vegetación de los que surge de vez en cuando, pesado e impenetrable, el redoble de un tambor de guerra.

La muerte ha llegado a la isla. Se ha vestido, maquillado y peinado. Se ha

puesto una flor en el cabello. Aguarda su boda, con un misal bajo el brazo.
¿De quién son los esponsales? ¿Ha elegido pretendiente?



Hay dos mujeres sentadas al fondo del bar. De regreso de un paseo, entran en calor ante una taza de té. El bar está silencioso. El viento les ha enrojecido las orejas, que asoman como dos lenguas de coral entre su cabello enmarañado. Hablan bajo. Son dos forasteras que han decidido visitar la isla fuera de temporada.

Cuando se marchan, la gente querría hablar de ellas para reparar el desorden causado por su presencia. Alguien menciona el hotel en el que se alojaban. Otro titubea antes de decidirse a hablar:

–En tiempos había menos.

–Es verdad. Casi no había.

No hay denigración alguna en esas palabras, pero pronunciarlas produce alivio. Tan pronto como la norma vuelve a imponerse, la gente se relaja. Habla de otra cosa.

¿En tiempos? Recuerdan la época muy lejana en que los días estaban bañados de luz; el viento fresco de la mañana. Las bicicletas rodaban, ligeras, por los caminos sin obstáculos. La gente se veía desde lejos, se sonreía y se saludaba con un gesto. Esos días han quedado atrás, como las canciones de verano.

En esa época, sin embargo, aunque ya nadie se acuerda, a veces podía ocurrir que la gente se criticara o se enemistara. Ya entonces crujían al abrirse

las puertas de los armarios de espejo, y los graznidos de los cuervos sobresaltaban a los isleños cuando los oían al caer el día, ásperos, trágicos y premonitorios.

Los solitarios son los amos del juego del recelo. Vaticinan y divagan. Las noches de luna llena, sus castillos de hipótesis proyectan en el páramo sombras fantasmagóricas.

La noticia se extiende por fin: puede que Gwenegan y Valérie tengan un lío. Se evita hablar de amor.

Lío es una palabra terrible. Cuando desaparece alguien cuya existencia no ha alterado la de los demás, se dice de él con gratitud que nunca se metió en ningún lío. En cambio, qué condena encierra el término *lianta*.

Los pescadores trajeron ayer un pez desconocido, con una cabeza enorme, cerrada por una mandíbula de iguana, el cuerpo atrofiado casi y unos ojos transparentes que parecen interrogarte. Invendible. ¿Quién querría algo así? Lo dejaron en el muelle. No se puede hacer nada con un bicho así más que mirarlo. Practican observarlo para vencer la repugnancia, por juego, por reto. Esa fealdad es de veras impresionante. Se habla de ella como si de un acontecimiento se tratara.

Cada cual redacta mentalmente la misiva que podría recibir su vecino. Tienen dos frases para decirlo todo. ¡A sus plumas, ya! Los isleños reflexionan, pero es en vano. No son ganas lo que les falta, sino imaginación. Es muy difícil decir lo que se piensa tras callar durante años. A veces se lanzan, pero luego se contienen, conscientes de haber ido demasiado lejos.

Entonces, cansados, vuelven el arma contra sí mismos. Imaginan su propia misiva, la que encontrarán, más tarde o más temprano, en el buzón. Sopesan los términos, como se entretienen los ricos en meditar su testamento.



El 31 de enero, una misiva en concreto causó más temor que las anteriores, aunque solo contenía una banal felicitación. El dibujo que la adornaba era inocente: un Papá Noel deslizándose sobre su trineo. Además, la tarjeta iba firmada, lo que debería haber tranquilizado a sus destinatarios. Pero el problema estaba precisamente en la identidad del remitente: se trataba de Carole, una joven que había nacido y crecido en la isla, y que había muerto ahogada hacía dos años.

La gente se tranquilizó como pudo, convenciéndose de que se trataba de una carta falsa y que el autor anónimo solo buscaba despistar. Sin embargo, los allegados de Carole dijeron que era de verdad su letra. La difunta era sin duda la autora de la carta, que se les antojaba tan perturbadora como el centelleo, en un cielo de invierno, de un planeta desaparecido.

Los destinatarios, una pareja cercana a la difunta, parecían menos afectados que perplejos por esa inexplicable señal de amistad. Al ver que no rompían su silencio, la gente de su entorno se conmovió en su lugar y se perdió en conjeturas.

Desde que entregó una carta póstuma, miran a Gabriel de otra manera. Su aparición, sobre todo los días lluviosos, causa espanto. Ayer una mujer se santiguó al verlo. Dos días antes, un hombre escupió en el suelo a su paso.

Ante las situaciones difícilmente explicables, siempre hay gente que va de enterada. Contra toda evidencia, algunos sostuvieron que Carole vivía todavía, que había rehecho su vida en el continente y se burlaba de ellos ahora que había abandonado la isla. Las primeras cartas no habían sido sino un preludio para preparar su regreso. Puesto que había firmado su último envío, parecía evidente que se manifestaría de un momento a otro.

Aseguraban que regresaba a veces a pasar unos días, apenas oculta tras un pañuelo y unas gafas de sol. La semana anterior, precisamente, un hombre había visto a una señora escondida en la parada del autobús, con la mirada perdida en el horizonte. La silueta le resultaba familiar. Al dar unos pasos hacia ella, la mujer había echado a correr por el borde de la carretera, sin duda por miedo a ser desenmascarada. Esos hechos cobraban sentido ahora.

Gwenegan no llevaba el tiempo suficiente en la isla para haber vivido el accidente que dos años antes le había costado la vida a una joven. Tres amigos imprudentes salieron un día a navegar un rato. Se levantó viento. Cuando trataban de regresar a puerto, la embarcación volcó. Dos de ellos lograron alcanzar la costa. Carole no tuvo tanta suerte. Su cuerpo probablemente fue arrastrado mar adentro. Nunca se encontró.

Habían reconocido la letra de la muerta en el sobre, pero el sello era reciente, lo cual abría otro campo de hipótesis. ¿Quién, sino su autor, quería que esa carta llegara a su destino?

Se habló mucho, y mucho tiempo. Quienes creían que Carole estaba viva anunciaban a la vez la desaparición del autor anónimo, seguros de que el regreso de la primera coincidiría con la partida del segundo. Brindaron por el fin de las misivas.

Otros, de talante más sombrío o más audaz, temían que los muertos hubieran decidido perturbar el ánimo de los vivos. Tal vez las almas tuvieran cuentas que saldar. La misiva de Carole era la primera de una larga serie, que se consideraba con espanto, pues sin duda los desaparecidos tendrían mucho que decir.

Los partidarios de ambas tesis convenían en un punto: el autor de los anónimos había concluido su misión. Al menos esa idea los reconfortaba.

Entonces, a mediados de febrero, para contrariar tanto a unos como a otros, volvieron a llover los anónimos en la isla. Mensajes breves y mordaces escritos con letras de palo, que Gabriel, tras pedalear con esfuerzo, dejaba en los buzones suspirando.

II





Al final de la tarde, cuando terminaba las tareas cotidianas, Marge se concedía una taza de té y un momento de descanso. Era la hora en que se ponía con su labor o con su puzle. Quiso la desgracia que un día de octubre en el que se cansó de bordar y en el que acababa de terminar *Dama con su criada*, de Vermeer de Delft, en 1500 piezas, la embargaran el aburrimiento y el cortejo de males –languidez, nostalgia y reúma– que suele acompañarlo.

Cayó entonces en la cuenta de que añoraba la época de la correspondencia, ese tiempo dichoso en que la venida del cartero constituía un pequeño acontecimiento. Otro placer más que se había llevado el progreso. Era tanto más triste cuanto que ella seguía aguardando cada día la aparición de Gabriel con un destello de esperanza. ¿Por qué? Nada iba a parar nunca a su buzón más que ineptos mercadeos o promesas de ganancias imaginarias en las que no podía creer.

¿Dónde estaban ya las cartas amistosas y llenas de buenos deseos que en tiempos la gente se enviaba por cualquier motivo? Había que resucitar esa práctica caída en desuso. Desde ese momento, escribiría todos los días: una notita a uno para desearle que se recuperase pronto de su bronquitis, una tarjeta a otro con motivo de su santo o para darle la enhorabuena por el nacimiento de un nieto. Lanzada, escribió a mano varias seguidas, y dejó la relectura para el día siguiente.

Por desgracia, pasada la noche, cuando daba por sentado que

experimentaría una deliciosa satisfacción, pues se enorgullecía de saber expresarse muy bien, se dio cuenta de que sus cartas eran de una ñoñez pasmosa.

Las frases sonaban de lo más manidas. Desde «Querida amiga» hasta «Un fuerte abrazo», las palabras olían a naftalina y a encaje mustio. ¿Se decidiría a enviar esas pamplinas? El meloso estilo epistolar era cosa del pasado. No se podía resucitar. Marge arrojó las cartas al fuego y comprendió que tenía que cambiar de idea.

La noche es buena consejera. Dos días después se despertó de excelente humor y con la mente clara como el cielo de abril. Enviaría tarjetas a sus vecinos, sí, pero sin firmar. En eso consistía su hallazgo. En el horizonte no había ni una nube cuando se instaló a su mesa. Se había tomado el tiempo de perfilar mejor su proyecto.

Cada vez se las ingeniaría para entregar un mensaje inédito, expresado con un estilo mordaz cargado de ironía y de sobreentendidos. Sin malicia, pero sí cáustico. Muy en su línea. ¿Con qué fin? El de sacar a la luz lo que tendía a permanecer oculto, como se libera el gas infame que dormita bajo el fango. ¿Qué ocurriría al hacerlo? Ya se vería, pero ese misterio era mucho más estimulante que las empalagosas frases hechas que había pensado mandar a todo el mundo.

Elaborar la lista de destinatarios resultó ser una tarea tan delicada y agradable como establecer la ubicación de los comensales en una mesa. En cuanto a la redacción de las misivas, era un deleite. El ejercicio era tan divertido como una charada y tan preciso como un sudoku. Para terminar se dio el gusto de pasar a limpio sus frases en letras de palo, lo que para ella equivalía a pasear a la luz de la luna con un antifaz durante el Carnaval de Venecia.

Cuando hubo terminado, sintió un placer cercano a la ebriedad. ¡Qué paz! ¡Qué bendición! ¡Y pensar que algunos se quejaban de la monotonía de la isla! Bastaba un poco de imaginación para conjurar el tedio. Su nuevo pasatiempo la había tenido ocupada varias horas. Estaba hambrienta.

Esa noche escribió varias postales, que metió en sobres y mezcló, como se barajan los naipes, antes de elegir una que echaría al correo al azar, sin mirarla, pues prefería no conocer la identidad de su primera víctima. Se mostraría más natural cuando se encontrara con sus vecinos si ella misma ignoraba a quién había escrito. Así fue como echó la primera carta al correo,

evitando mirarla.

En cuanto a la segunda, la conservó un tiempo en el bolso, divirtiéndose en acariciarla mientras fingía buscar algo cuando charlaba con un tendero. Era un placer delicioso.

El día que se decidió a enviarla, se sintió tan exaltada que fue a pasear por el espigón para calmarse. Hacía fresco, y las olas eran de un color verde claro.

Contemplar el mar incita a pensar en la vida, la muerte, el destino, los marinos perdidos y los naufragios. A Marge no se le habría ocurrido mandar anónimos si hubiera vivido en la ciudad, donde las noches son luminosas y las calles están llenas de gente; donde cada cual va a lo suyo en medio de un jaleo de quehaceres diversos.

Todo era a la vez más sencillo y más trágico en esas veladas solitarias en que el viento aullaba. Bastaba arrojar una palabra por escrito para sellar un destino. «Es usted una mentirosa.» «Nunca ha sido fiel.» «La envidia es su cáncer. Acabará con usted.» Las palabras la calmaban, y al pensar en que en alguna parte, quizá a dos calles de allí, un alma lucharía de pronto contra sí misma, para acabar cediendo a sus malas inclinaciones, Marge sonreía, liberada de un resentimiento que otros expiarían en su lugar. En su lugar y para siempre.

Se prohibiría no obstante todo comadreo. Era demasiado inteligente para caer en eso. Se comportaría no como una artista impulsiva, sino como el general de un ejército. Se trataba de retomar las riendas de la isla, de devolverle la vida. Contactos, conversaciones, roces y, ¡qué diablos!, por fin un proyecto al que entregarse.

Durante los días que siguieron a los primeros envíos, se sintió a la vez culpable y aliviada, como cuando se cambia de sitio un cuadro o un objeto. Uno piensa: Así está mejor, pero siente que acaba de destruir una armonía. No había previsto esa mezcla de remordimiento y de alegría. Pensaba: No debería haber enviado esas cartas, pero había puesto en marcha un motor que, según el momento, se embalaba o ronroneaba despacio.

El autor de las misivas era la comidilla de toda la isla.

–Tiene que ser algún amargado o algún envidioso. Un insatisfecho, como

los hay tantos.

En La Marine escuchaba con deleite a los parroquianos acodados en la barra, cuyo juicio la dejaba fuera de toda sospecha. Era rica, lo que la protegía de las pequeñas mezquindades del día a día. Nunca había sido chismosa. Sería la última interrogada de haber una investigación, por lo que su pequeño negocio epistolar aún tenía un bonito futuro por delante.

Saboreaba en silencio esos comentarios y aprobaba con un gesto de cabeza a los valerosos, cuyo optimismo se mantenía incólume. Estos repetían que los lazos de amistad que unían a los isleños resistirían esa prueba. Bonita lección de humanidad. ¿Cuánto tardaría en resquebrajarse semejante quimera?



Cada cual tiene su orgullo y su sentido del honor. Marge no se permite acusaciones demasiado manidas, esas que a todos fascinan y que hace tan monótona la lectura de las páginas de sucesos, a saber: los desfalcos millonarios, los abusos a menores y las fantasías de la suerte y de la carne. Su amor propio aborrece esos estándares. Se los deja a las cotillas de la biblioteca, que tienen el alma clara y la presencia impecable.

Ella prefiere las zonas grises, donde se acumulan las pequeñas corruptelas, las desviaciones ínfimas. Ese purgatorio donde gime la conciencia, entre la voluptuosidad de la falta y la búsqueda del perdón.

Cuando algunos se quejan de haber recibido anónimos abrumadores, se burla interiormente de su falta de carácter. Se retiene para no tratarlos de ingratos. Quizá lo hayan olvidado pero, en tiempos, la ausencia de correo no era tan agradable. Nada en el buzón ayer, ni hoy ni probablemente mañana. ¿Dónde quedaba el azar en aquella época? ¿Dónde lo desconocido, lo lejano?

Sus lamentaciones estaban fuera de lugar. No tenían motivo de queja, francamente. «Si no hay noticias, son buenas noticias.» Siempre había detestado ese elogio de la nada, que consideraba pusilánime y ligeramente malsano.

-Eso de los anónimos es propio de viejas –se oye entre el guirigay del bar.

Se reconoce la voz de Mateo, el jardinero de la señora Darceval. Su imponente silueta ocupa siempre un extremo de la barra, donde a nadie se le ocurriría instalarse en su ausencia.

¿Es que acaso ha notado que Marge ha dado un respingo? Se apresura a añadir, en tono más dulce:

—Discúlpeme, no me refería a usted.

—¿Y por qué no? —salta ella, traviesa—. ¿Le parezco inofensiva?

La gente se ríe, pero Marge se pregunta por qué la han descartado de entrada. ¿Es que creen que el mal está fuera de su alcance?

Añade:

—La mayoría de las personas son a la vez más culpables y más inocentes de lo que uno cree.

Se toman su comentario por una perla de sabiduría. Dos o tres asienten con la cabeza, benévolo.

Pese a los años, la memoria conserva algunas escenas con inexplicable fidelidad. Marge recuerda casi demasiado bien el día en que, de niña, como no había en su horizonte más ocupación que la de tejer y retejer cada día el hábito de perfección que convertía la vida en un suplicio, dejó caer una bonita taza, parte de un antiguo juego de té que gozaba de cierto prestigio en el círculo familiar. La porcelana se hizo añicos con un ruido claro.

Junto a la confusión, unida al pesar de haber entristecido a su madre y a su abuela, Marge había sentido una íntima satisfacción que en ese momento no entendió. Una alegría perversa, animal, precozmente sexual: la de haber cometido una fechoría, benigna, sí, pero irreparable.

La caída de la tacita era un indicio de que el reino de los adultos era incierto. Nada obligaba, en el fondo, a someterse a él, más que una buena disposición de la que se podía escapar de vez en cuando. Ese día comprendió que el mundo estaba a su merced. Los añicos de porcelana dispersos en el suelo anunciaban un nuevo orden, libre de toda obligación y toda obediencia.

En ese momento, al ver los rostros estupefactos de su madre y de su abuela, le parecieron más pálidos ya, encerrados bajo el cristal de esos pequeños marcos que se guardan en el fondo de un secreter. Las vio alejarse de ella sin sentir pena ni la necesidad de decirles adiós.

Años más tarde aún murmuraba de vez en cuando: ¡qué bien hice en romper la tacita ese día!

Marge repasa en su cabeza la escena del bar. Lo que la asombra ahora es que Mateo pudiera lanzar esa acusación «es propio de viejas» sin pensar que podía darse por aludida.

Conforme pasa el tiempo, la gente cada vez repara menos en ella. ¿Será por sus canas? Algunos hablan por teléfono delante de ella como si no existiera. Las parejas se besan sin preocuparse de su presencia. Un día, en el banco, una mujer le hizo rellenar un formulario sin mirarla ni una sola vez.

Marge aprovecha esa indiferencia, cuya crueldad no le pasa inadvertida. Cuando almuerza fuera de casa, se acomoda en un rincón de la sala, como las arañas, con esa misma inmovilidad atenta y estratégica. Saborea a los que se aventuran a su alcance, sin elegirlos, se alimenta despacio de su sustancia.

Ahora mismo está observando a una pareja. El chico trata de captar el interés de una chica que probablemente esté a su lado por razones muy distintas a las suyas. Más tarde, cuando esta vaya a peinarse, renunciará a su papel de enamorado para comprobar la cuenta y volverse al paso de una silueta.

Esos dos no recibirán anónimo –Marge no conoce ni su nombre ni su dirección–, pero ¿por qué renunciar al placer de observarlos? Se entretiene incluso en buscar la frase que los aniquilaría. Al cabo de unos minutos, en sus labios finos se dibuja una sonrisita.



Para su vigésimo envío, Marge eligió una tarjeta que tenía preparada hacía tiempo y que le produjo un placer particular. Iba destinada a Béatrice y Robert Savers, una pareja de jóvenes jubilados instalados desde hacía poco en el punto más alto de la isla, donde se codeaban con los notables. Bajaban de su promontorio los días que hacía buen tiempo.

Se los veía pasar entonces, emperifollados ambos, para ir a pasear por el espigón. Con botas de piel color camel y una bufanda crema, Béatrice luce una sonrisa radiante, y Robert, la expresión de un hombre juicioso. Cuando llegan al puerto, esta se detiene y barre la costa con la mirada con aire maravillado. Alarga el brazo para subrayar la gracia de un detalle que divisa a lo lejos y en el que él probablemente no había reparado. Este asiente y se lleva a los ojos los prismáticos que cuelgan de su cuello.

¿Cómo es la vida de los Savers cuando ya no están en el campo visual de nadie? ¿Sobreviven cuando están solos a esa ausencia de miradas, o zozobran como vampiros privados de sangre fresca?

El verano pasado, una pareja vino a pasar unos días con ellos en su casa. Los cuatro recorrieron la isla a bordo de un descapotable antiguo, con las gorras caladas hasta las cejas, inclinando la cabeza en cada curva. Su única ocupación parecía ser dejarse ver. Tan extremo narcisismo asombró a Marge.

¿De qué dependen las cosas? Un automóvil de colección pasa por la carretera una noche de verano. Unos meses más tarde, sus ocupantes reciben

un anónimo que los acompañará un tiempo como un mal sueño.

Marge se había impuesto la norma de no dirigir nunca sus misivas a dos personas a la vez. Ante todo, dividir. Escribió, pues, en el sobre el nombre de Béatrice solo. En cuanto a la frase, no necesitó sacarle punta demasiado tiempo. Se le ocurrió una noche, cuando se disponía a acostarse:

«A propósito, ¿cómo están su querida amiga Élisabeth y su delicioso marido?»

Todo en esa frase le gustaba. Las dos primeras palabras —«a propósito»—, que ni ella misma sabía a qué hacían referencia, pero que, no lo dudaba, sumirían a su destinataria en una maraña de hipótesis, intrincadas como sanguijuelas. El término «delicioso» también le encantaba, por su vaguedad y lo malintencionado que era.

El marido de Élisabeth era uno de esos hombres de piel salpicada de manchitas y aire distinguido, que lucen anillo de sello y visten chaqueta de tweed, sin que se sepa muy bien si deben su prestancia al hecho de codearse con las altas esferas o al hábito de la malversación. Se lo adivinaba astuto, egoísta y mujeriego.

Marge, que desde que le había endilgado a Laure una hermana imaginaria gustaba de acusar sin pruebas, al azar, estaba feliz de que su pregunta sonara a novelita burguesa o a comedia de enredo. Casi estuvo tentada de sustituir la letra de palo por el refinamiento de la caligrafía inglesa.

Saboreaba ya el día en que volvieran a verse las dos parejas, el silencio que se abatiría sobre ellos una vez servido el oportuno en las copas de cristal labrado.

Así habrá vivido: sola, obsesionada con la idea de romper unas ataduras que nadie ha pensado nunca en imponerle. Los pretendientes no se han agolpado a su alrededor y no ha tenido hijos. Pese a todo, su mayor sueño siempre ha sido partir. Quería ser nómada. ¿Pueden los isleños serlo?

Se mantuvo a la sombra de una familia en la que creyó, como se fían los niños de los adultos, por un apego que no siempre responde al afecto. Ella que desconfiaba de las prisiones hereditarias, sigue viviendo en la casa donde

creció. ¿De qué sirve levar anclas? Descubrir un día que no quería a los suyos habrá sido su única partida, única pero suficiente.

«Su querida amiga Élisabeth.» Decididamente, le gustaba la expresión. Transformaba de golpe a la confidente en una compañera indeseable, llena de astucia y de segundas intenciones, a la que uno por error admite en su círculo más íntimo.

Marge ha dejado el sobre sobre la mesa, donde su blancura parece resplandecer. Las letras rectas añaden su perfección geométrica a la del rectángulo blanco. No tarda en ir a buscar un jarrón, un bolígrafo y un abrecartas, y compone con esos pocos objetos una naturaleza muerta de la carta anónima, que atrae su mirada como un imán. Ojalá supiera pintar.

Siempre le había gustado la historia de Cheval, el cartero que construyó un palacio barroco con las piedras que fue recogiendo mientras repartía el correo. Seguía sus pasos. Levantaba murallas imaginarias alrededor de la gente, mediante maledicciones que oía por la mañana y que recordaba al terminar el día, a la hora en que las familias se sientan a la mesa en torno a la olla común.

Esta noche se sienta muy erguida. Se ha peinado el cabello hacia atrás y se ha abrochado la chaqueta. Le parece que hace bien en vestir así. Como es debido. Como corresponde. No tiene otra manera de ser hermosa.

No le gustan ni los chales ni las bufandas, que apestan a vieja y a santurrona. Lleva en la mano izquierda la alianza de su padre, fallecido tan pronto que en realidad apenas lo conoció. ¿Por qué renunciar a esa joya si no ha contraído otro matrimonio? Acaricia con la mirada el anillo incestuoso que la une a su padre. No le da miedo. Lo acaricia suavemente con el dedo. No le disgusta ser la esposa de un muerto. A todo se acostumbra uno.

Enredar las almas, tirar del hilo que une una a otra, dejar que se aparten, que se acerquen, que se entrenchen a veces como las piezas de un móvil, eso es lo que la atrae de esa partida de póquer mentiroso. Decirle a la gente sus verdades apenas le interesa. Verla tambalearse, acusar el golpe, dar cuerpo a los comadreo, siquiera negándolos, es una tarea mucho más

sabrosa.

Distingue una sombra en los plácidos rostros de quienes creíamos felices. Desde el primer anónimo, la isla ha cambiado. Los acantilados se han acerado, las olas son más violentas, el viento se lamenta, de noche, con sollozos humanos. Solitaria, Marge vela por su rebaño inquieto, al que mira con una crueldad casi maternal.



Los isleños están alineados como piezas de dominó. Cuando lo decida el autor de los anónimos, se vendrán abajo en un instante, cada uno arrastrando al siguiente en su caída. En esa larga fila, Gwenegan amenaza a Valérie que, a su vez, pone a Tommy en peligro.

Da pena verlo. Debería dejar de rondar por La Marine, con el rostro desencajado y el pelo enmarañado.

A Valérie le gustaría que se alejara. Sin embargo, sabe que cualquier cosa que le diga le hará daño. Por eso calla.

Espera que alguien lo haga en su lugar.

–Chico, más valdría que te interesaras por las otras chicas –le dice un día René, agarrándolo del hombro.

Tommy se zafa con un gesto brusco. No es persona que cambie de opinión fácilmente.

Una noche, Gwenegan se topa con él a la salida del pueblo. Como están solos, se decide a pronunciar frases que oye todos los días.

–Tienes que dejar a Valérie tranquila. Nunca será tuya.

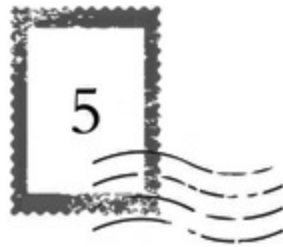
Esa noche, Tommy tiene las mejillas hundidas, la tez macilenta y los ojos más vacíos que de costumbre. ¿De qué habla ese continental?

–Tampoco tuya –le espeta, apretando los puños.

Gwenegán le para el golpe. Quería que Tommy entrara en razón, pero solo ha conseguido ponerlo celoso. El chico le hace frente, como un rival. Cae la noche. Se miden en silencio.

Cuando se disponen a pegarse, el ruido de un motor les hace volver la cabeza. El coche de Gislaine avanza hacia ellos. Aminoran la velocidad. Piensan que va a parar, pero gira despacio delante de ellos y se aleja en dirección al horizonte.

Los han visto. Cambian una mirada incómoda. Habrían preferido explicarse sin testigos.



Marge se quedó sin respiración al oír a Alphonsine declarar, casi orgullosa, que ella también había recibido un anónimo. Qué mentirosa. Le habría gustado retarla a enseñarlo. Alphonsine era tan inexistente a sus ojos que la había excluido de entrada de su lista de destinatarios.

Contra todo pronóstico, la comadre no tardó en sacar del bolso una tarjeta que exhibió sin soltarla y que Marge sospechó que se había escrito ella misma. Pero aún le aguardaba alguna sorpresa más esa mañana, pues poco después Alphonsine se marchó muy digna, cruzó la plaza del mercado y abrió la puerta de la gendarmería para dejar patente que era de verdad una víctima.

—Que el autor de los anónimos elija ese blanco es lisa y llanamente increíble —observó Marge a media voz.

—¿Qué quiere que le diga?, aquí todos somos blanco —dijo uno de sus vecinos.

—Todos y todas, claro —asintió Marge, consciente de que no era el momento de mostrarse elitista.

No por ello se sintió menos irritada de no ser la autora de ciertos anónimos. Otra mano sin rostro, o quizá varias, lo habrán intentado también a su manera. Por desgracia, el talento no abunda.

Aunque es difícil que un autor de anónimos pueda denunciar a sus imitadores, Marge, cuya fuerza radica en la alusión, teme a los falsificadores, los charlatanes y los acusadores. No todo el mundo puede ser verdugo. El arte

del autor de anónimos consiste no en hablar, sino en soltar las lenguas ajenas. ¿Comprenden eso sus emuladores?

Todas las islas se parecen. Bretonas, griegas o escocesas. Todas tienen la misma belleza, la misma violencia las noches de tormenta, la misma languidez en la calma que las sigue. La misma sensación de asfixia.

En el pasado, las pasiones acompañaban su ritmo al del correo. La gente se amaba locamente en los tiempos en que se cogía papel y pluma. Se esperaba durante años. Aprendía a escribirse y a adaptarse. Hasta que un día, al final de un camino, se distinguía a lo lejos una silueta que el tiempo había transformado. Y se evaluaba la superioridad de la vida epistolar con respecto a la vida real.

Hay una pizca de decepción en la voz de Béatrice cuando anuncia a su vez:

–A nosotros también nos ha tocado.

La víspera les llegó una tarjeta. La saca con gesto cansado. La gente se interesa. Le echa un vistazo. El «delicioso marido» suscita sonrisas entre los presentes. Intercambian miradas, sin preguntar si cada cual entiende lo mismo. Prodigan a la desdichada gestos de simpatía.



En la tienda, Marge se impacienta. La tendera sirve con lentitud a Gislaine, que no termina de decidirse.

–Y dos naranjas más. Al final me llevo también un poco de parmesano.

Marge empieza a perder la paciencia. Los anónimos la han colocado por encima del rebaño humano, cuya humilde condición ahora le pesa compartir. Por desgracia no puede saltarse la cola.

Hace un esfuerzo por calmarse y se promete que nunca escribirá a esa pesada. Ninguna diferencia personal debe regir el envío de los anónimos. Tiene de su arte una idea más elevada.

Cuando el día toca a su fin, recoge la casa, despeja la mesa y reanuda su tarea. Como se suceden las olas sobre la arena, donde se reducen a la nada, la misiva que redacta borra la anterior y vuelve a ponerlo todo en juego. Cada una le parece necesaria.

Cuando se aparca la moral normal y corriente es precisamente cuando conviene tener escrúpulos. Esa noche, Marge arroja al fuego una tarjeta cuyo texto, sin embargo, le gustaba: «¿Qué hora es?». Iba destinada a Mateo, el jardinero de la señora Darceval, cuyo padre, devorado por la edad, es una sombra de lo que fue. Sus allegados no se interesan por él. Se va alejando, dicen. Ya no está verdaderamente con nosotros.

De vez en cuando, el anciano pronuncia una frase, la misma siempre, que Marge acaba de escribir en mayúsculas. Tres palabras que resumen el declive de la vida, devorada por la senilidad.

Suspira mientras contempla las llamas destruir la tarjeta. Esta –era su flaqueza– señalaba un extravío más que una falta. Por añadidura, faltaba a ese principio al cual debe atenerse el autor de los anónimos, a saber: si no respetar a los enfermos, por lo menos maltratar a los sanos.

¿Qué les reprocha? Quizá el haberla convertido en una persona irreprochable que en el otoño de su vida no posee ni bienes mal adquiridos ni relaciones interesadas. Los cajones de su secreter no contienen cartas de amor ni fotografías de sí misma de joven, con el cabello al viento, en los brazos de un muchacho de nombre incierto. La suya habrá sido la vida de las piedras sólidas y derechas, que resisten a los temporales. Sin duda es la ausencia de faltas lo que la hace tan hábil para escrutar las de los demás, para hacerlas surgir bajo el cincel de la frase.

Los destinatarios de las misivas no tienen de qué quejarse. Marge erige su estatua. Graba su epitafio. Se llevan la mejor parte, piensa, pues ¿quién querría una vida virgen de toda falta? Sería como reconocer que nunca se ha vivido. Émilie, a la que no ha consultado sobre el tema, sin duda le daría la razón.



Un año y medio antes, seis meses después del ahogamiento, Marge encontró la tarjeta de Carole en una novela inglesa que había tomado prestada de la biblioteca. La joven la había dejado entre dos páginas, con el sobre sin cerrar y sin franquear, el día que devolvió el libro.

Qué curioso, murmuró Marge, preguntándose lo que significaba esa señal póstuma. Siempre le había perturbado la capacidad que tenían ciertos objetos de resurgir cuando menos se lo espera uno, después de haberse ocultado durante años.

Se prometió, una vez transcurrido el tiempo del duelo, entregar la misiva a sus destinatarios. Pero no lo hizo inmediatamente, y al final acabó por olvidarse.

Hacia finales de diciembre, poco antes del mercadillo, el sobre volvió a aparecer por casualidad. Qué oportuno, pensó Marge, que hasta soltó una risita al verlo caer de un estante y aterrizar a sus pies.

La frase —«Les deseo un año lleno de alegrías y de buenas sorpresas»— venía que ni pintada para esas fechas. Marge sintió un júbilo extraño al releer esas palabras, en las que se podía pensar que flotaba una amenaza. Ya solo quedaba cerrar el sobre, ponerle un sello y echarlo al buzón. La imaginación de los isleños haría el resto.

En ese periodo se levantó viento. Gemía de noche después de haber aullado de día. Los transeúntes se tambaleaban cuando se alejaban de las paredes. Estaban desequilibrados, como borrachos.

Marge no tuvo que esperar demasiado. Cuando los ventanales de La Marine vibraban con el temporal, el círculo de parroquianos se cerraba aún más. Se convencieron de que Carole había resurgido, viva, de las aguas que se la habían tragado. Se rendían al embrujo de los relatos fantásticos. El diablo nunca había estado tan cerca.

Arrojar un muerto a la batalla era una jugada maestra. Los días sucesivos, Marge sintió una bocanada de amor propio. Sabía que, por falta de munición, esa estrategia no tendría mañana, pero creaba una distracción muy oportuna. El miedo se extendía por toda la isla. Se batían récords de irracionalidad. Los fantasmas dan mucho más miedo que las ancianas.

Una noche, en casa de Marge se descolgó un postigo. Cuando vino el carpintero a sustituirlo, ella le ofreció un café. Este le dijo que en el pueblo ya solo se hablaba de aquella cuyas palabras escritas en una tarjeta de felicitación anunciaban un mañana radiante o siniestro.

Con el paso del tiempo, Marge había ido alejándose de la religión, al contrario que sus coetáneas, a las que los años habían atado al reclinatorio. En tiempos, sin embargo, Marge había cedido a la ebriedad de las devociones. El sol no entraba en su casa en la época en que su alma se consagró a la oración. Era el tiempo de las proezas ascéticas, que transformaban en júbilo su miseria interior. El llanto se convertía en éxtasis, las tinieblas, en luz, y su desierto se poblaba de praderas.

Dedicaba entonces el vacío a los demás. Hablar con el prójimo siempre le había resultado difícil. Era más sencillo compadecerlo. Interceder por él era pura dicha. Encomendaba al silencio de la divinidad a aquellos cuya compañía la habría exasperado. Al hacerlo, se reprochaba ser una santa sin alegría, un alma elevada encerrada en un corazón demasiado estrecho.

Hasta que, por rabia o por cansancio, dejó de lado las genuflexiones. Ahora

tenía hambre de otro absoluto, no menos egoísta, pensaba, pero probablemente más sincero. De hecho ya no cree que el Padre Eterno lleve en su libro la cuenta de las faltas y el arrepentimiento. Solo ve que cada vida tiene su lado oscuro. Algunos lo afrontan, otros se hunden en él.

Los isleños son presa de un estupor sagrado. Ella también, en el pasado. Ahora les toca a ellos expiar mediante la angustia sus pobres faltas cotidianas.

¿Llega uno a conocer su verdadera naturaleza? Marge lleva mucho tiempo interrogándose sobre la suya. Le gusta la porcelana blanca con ribete dorado, las teteras adornadas con un friso de guirnaldas de flores, los azucareros con asa y las mesas con mantel. También el ceremonial de los almuerzos del pasado, en los que se hablaba largo y tendido entre plato y plato. La sobremesa transcurría entre el aroma de las salsas, bañada en el brillo de los cubiertos de plata. Pensándolo bien, la crueldad habrá sido menos importante en su vida que su gusto anticuado por las artes de la mesa. Los anónimos no habrán sido sino un pequeño desvío en un camino recto y sin atajos.

Si fuera a ver al cura, no tendría nada que confesar. La moral le trae sin cuidado. El frágil equilibrio de las faltas y el perdón no le parece más que un juego, una manera de mirarse con coquetería en el espantoso espejo del arrepentimiento.

Al principio no era más que un proyecto inocente, que poco a poco fue revelando su naturaleza. Desde el primer envío se sintió crecer, conforme iba extendiendo su imperio por la isla. Ahora ya reina sobre las almas, a las que ofusca o fortalece al capricho de sus decretos.

¿Alguna vez se cree Dios? Al menos tiene esa tentación, pues decide el tormento o el descanso de su grey. Algunos se ponen la soga al cuello y desaparecen así en la gehena. Otros se condenan al sudor frío, que constituye su purgatorio. En cuanto a los que se creen elegidos por la única razón de no haber sido golpeados aún por los anónimos, su presunción le provoca una sonrisa. Se promete, llegado el momento, ponerlos frente a sí mismos.



La semana pasada murió una mujer en una aldea alejada. Peritonitis, diagnosticó el médico, pero corre el rumor de que murió envenenada. ¿Por quién? Ni aun pensándolo mucho se puede imaginar qué motivos tendría alguien para guardarle rencor.

Repiten su nombre, Lucie Redème, como una cancioncilla triste. ¿Había recibido amenazas? Gabriel asegura no haberle llevado nada últimamente más que cartas normales y corrientes y folletos publicitarios. Pero si confesara lo contrario, lo considerarían un asesino. En esas condiciones se entiende su silencio.

—De todas formas, el autor de los anónimos solo hace reproches —observa alguien en La Marine—, y muy ligeros.

Alguien protesta sin levantar la voz.

—Aunque velada, la amenaza siempre está ahí. ¿No la percibís?

Los parroquianos asienten, mientras cae la noche.

Sentada algo apartada, ante una taza de té, Marge piensa divertida que rara vez se cruzaba con la desdichada y que nunca se le hubiera ocurrido escribirle.

Tras un silencio, la conversación se reanuda.

—A partir del momento en que alguien la tiene tomada contigo, ¿qué le impide matarte?

—¿O encargar a otro que te mate?

Desde ese día, cada misiva parece manchada de sangre, hasta las que llegaron hace meses y que se creía inofensivas. Los destinatarios, presa ahora de la duda, intercambian miradas asustadas.

Gwenegan probablemente tiene otras cosas en que pensar. El caso es que no se preocupa mucho por el autor de los anónimos. Su detención, y la publicidad que seguiría, como mucho puede que suscite vocaciones. En su opinión no hay por qué dar un nuevo impulso a la investigación. Más bien al contrario. Dejar que el tiempo haga su tarea. Darle a esa persona la oportunidad de volver sobre sus pasos y de reanudar tranquilamente esa invisibilidad que ha debido de ser, hasta hoy, la definición de su vida.

La ola amasa el mar sin fin. Esculpe y aniquila. Como la vida, se estira, hurtando lo que antes había dado. Se tardan años en construirse una vida. Y entonces surge una fuerza sin rostro que todo lo arrasa. Adopta la forma del rumor, del viento, del azar. A veces de una carta anónima. Marge filosofa mientras pasea por el espigón. Ha cumplido con su vocación de parca.

Se dirige a la playa, donde sus pasos se hunden en la arena blanda. ¿Qué quedará dentro de una hora? El viento y las aguas le enseñan la impunidad. Uno puede atreverse a todo en la isla, donde las huellas se borran por sí solas. El arrepentimiento, le dice una voz interior. El arrepentimiento subsiste. Por ahora Marge elige hacer caso omiso de él.

Gwenegan no se ha acostumbrado del todo a la isla. Todavía se asombra de vez en cuando del desorden de sus rocas, donde rompen las olas, de sus crepúsculos grandiosos. Esta tarde, el infinito zozobra en un despliegue de colores que nadie piensa en contemplar. No hay más espectador que un burro, que mira al suelo en un campo cercano.

Las ideas revolotean a su alrededor. Pájaros negros o segundas intenciones. Ha enviado cartas redactadas en tono meloso. ¡Pues vaya una cosa! Escribir dos frases en una tarjeta. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Dónde está la línea que separa lo banal de lo indecible? ¿Es la ausencia de firma lo que la convierte en réproba? Lo que viene a decir que solo ha pecado por omisión, una falta irrisoria en la nomenclatura de las indelicadezas.

A Gwenegan le gustaría tratar con el granito a fin de descifrar el misterio de la isla. Sondar la orilla, remontar las corrientes, observar la claridad de las noches. Desde que está aquí, reflexiona sobre todas las cosas. El grosor de las jarcias, la elegancia de los barcos. Los anónimos le parecen un signo de una realidad que todavía se le escapa pero que tarde o temprano comprenderá.

En lugar de atascarse en una investigación, de combatir el mutismo de los isleños, quizá debiera contentarse con mirar el mar. Puede que algún día, con ayuda del tiempo, llegue a pensar como ellos. A entrever lo que saben, a descubrir su verdad. Pero, si lo consigue, es probable que calle, como hacen todos.

No cree guardar rencor a aquellos cuyas vidas ha alterado. Son sus víctimas, no sus enemigos. Ayer aún, los veía como siluetas confusas y banales en las que no se repara, sombras ligeras. Hoy los considera navegantes imprudentes a los que el viento, al alejar su barca de la costa, ha acercado imperceptiblemente a ella.

A veces escribe al azar. Otras, busca la frase certera, la que asesine con elegancia. Garabatea, vacila y al final renuncia si no encuentra la palabra adecuada. Unas veces juzga el principio algo torpe, pero no le disgusta el final. Otras, lanza la pregunta con habilidad, pero el resto de la frase se estrella. Cuando es así rompe los borradores sin reservas. Adopta como norma enviar solo lo mejor.

Cuando se los cruza por el pueblo, saluda amablemente a quienes terminó descartando como blanco al no conseguir cincelar a su gusto la frase de la

tarjeta.

Era pleno invierno. El frío ya se había instalado cuando Marge envió una tarjeta a Ludovic, con el que solo había hablado dos o tres veces, lo cual le había bastado para juzgarlo. Era un vanidoso que, habiendo hecho fortuna en el continente, se había comprado una casa en el centro del pueblo. Un año más tarde se había casado con Clarisse, una isleña doce años menor que él, sobre la que todo el mundo convino en decir que había hecho una buena boda.

El corazón de ese hombre parecía muerto. Marge se impuso la misión de devolverle el sentimiento. Para ello debía bastar una pregunta: «¿Alguna vez ha respirado, en el cabello de su esposa, aromas indiscretos?».

Echó la carta al correo el 13 de febrero, para que llegara por San Valentín. A Marge nunca le había gustado esa fiesta, ni toda la cursilería que la acompañaba.



La delación de un vecino ocasiona una detención. Théodore, acusado hace dos años de robo de carburante, conservaba en su sótano una caja cerrada con un candado. En su interior había fusiles, cuchillos y pistolas, que sin duda destinaba a coleccionistas. A mucha gente le gustan las armas. En tiempos de paz, el crimen por encargo parece una patología. El interrogatorio de Théodore dura toda la tarde. ¿Habrá alguna relación entre los anónimos y su tinglado? ¿Por qué pensarlo? La pluma y el gatillo no suelen hacer buenas migas.

Sin embargo, esta detención causa mucho revuelo en La Marine. Las lenguas se sueltan de lo lindo. Los parroquianos disculpan o acusan a Théodore, sin pruebas y sin motivos, olvidando que es casi analfabeto.

Los gendarmes, que nunca han pensado que fuera el autor de los anónimos, están satisfechos con la detención. Será puesto a disposición judicial. Cuando vuelven a sus casas a última hora de la tarde, la investigación sobre los anónimos no ha avanzado un milímetro, pero, durante unas horas, los isleños han respirado mejor.

–Han detenido a un inocente –se lamenta Émilie.

–Un inocente más peligroso que un comando de mercenarios –lanza una voz furibunda.

El comentario no convence a nadie. En los tiempos que corren, el tráfico de armas, sobre todo de colección, se ve como un pecado venial.

Marge se ha acomodado en el banco, de espaldas al espejo que refleja la sala. Se sienta muy tiesa ante una taza de té. Los parroquianos están frente a ella, desvelados por sus anónimos, en una situación que crea entre ella y ellos cierta intimidad. Los ha sorprendido al saltar de la cama, al salir del dormitorio tras una noche de sueño, o cuando se ocultaban detrás del teléfono, llamando quién sabe a quién para decir quién sabe qué. No ha necesitado arrimar el oído. Sin ellos saberlo, se ha convertido en su confidente, en cómplice de sus pequeñas miserias y sus sentimientos inconfesados. Una confesora que escucha y no absuelve.

Ahora que los ha expulsado del paraíso terrenal, podría compadecerlos cuando los ve, humillados y desnudos, con el rostro vuelto hacia el suelo. La clemencia que la embarga tiene un tufillo a nostalgia.

Tommy ha empezado a beber. Se queda mucho tiempo en el bar. Se lo ve tambalearse al salir. Se sube a su moto y acelera. Su mirada color ola se ha velado ligeramente. Ya nadie piensa que pueda ser el autor de los anónimos.

Si fuera culpable, se esforzaría por disimular. Se controlaría más. Le preocuparía su dignidad. Al formular esta evidencia, descubren que aprecian al autor de los anónimos.

De joven, Marge creyó acercarse al sufrimiento común mediante el fervor y la aflicción. El azar decidió las cosas de otro modo. Al final se ha introducido en el corazón de los demás de manera más insólita, con allanamiento y por diversión. Ha entrado en el lugar prohibido. Lástima que nadie pueda evaluar con ella el camino recorrido.

¿Podría a estas alturas enviar anónimos de otra índole? «No tiene importancia. No llore más. Ya rectificará usted.» No, pues más aún que la miseria de los contritos, Marge detesta la arrogancia de los perdonados. Más vale el llanto y el rechinar de dientes. Su penitencia se limitará a compadecerlos sin evitarles ningún sufrimiento.

Gwenegan sigue callado. No saben qué pensar de él. A Alicia, en cambio, la miran con simpatía. ¿Vino a la isla pensando que allí le sería más fácil retener a su marido a su lado? Se ha equivocado, entonces. La gente del pueblo se avergüenza vagamente de la jugarreta que le están haciendo a sus espaldas.



Fue el primer escollo, el primer muerto. Durante la Semana Santa, Mateo se suicidó. Eligió irse sin decir ni mu y sin dejar nota ni testamento.

En el fondo, para Marge no fue ninguna sorpresa. Cuando la suerte les da la espalda, algunos hombres no tienen el arrojo de resistir, o creen hacerlo quitándose de en medio. Allá ellos. El ahorcamiento, sin embargo, se le antoja una curiosa elección.

No hay suicidios en la isla. Si aparece un cuerpo al pie de los acantilados, se culpa al viento demasiado fuerte, a la pendiente abrupta, a la hierba húmeda de espuma en la que el pie resbala. Se habla de accidente. Algunos seres vuelven al mar, del que nacieron. La sogá es un accesorio de melodrama.

Marge recorre el sendero. La idea del hombre muerto acapara su paseo. Le gustaba el ruido del agua sobre las rocas, la lenta erosión que devora el granito, el trabajo incesante de la ola, que muerde, lame, pule, y que acabará con las costas. El mar lo purifica todo, asegura Émilie. Tonterías, piensa Marge. El mar no es agua de manantial. Es salado, pegajoso, pringoso como las algas y las escamas.

Gabriel no pudo reprimir un grito al enterarse del fallecimiento de Mateo. Ese mismo día le había llevado una carta. Reconoció la marca del autor

anónimo: el sobre, el sello verde y la letra de palo. En La Marine, con un par de copas de más, entona el *mea culpa* y narra su infortunio. En resumidas cuentas, él habrá sido el auxiliar de la muerte, en igual medida que el comerciante que le vendió la soga al desgraciado. Pero ¿tenía elección? ¿Podía romper la carta? No, contestan para tranquilizarlo. Solo cumplió con su deber. Sin embargo, si por él fuera, arrojaría al mar su bolsa de cartero y su bici a los arbustos.

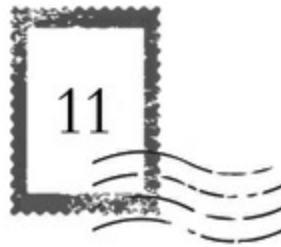
Marge lo tiene claro. Lo que ha podido con Mateo probablemente no haya sido ni el anónimo ni la acusación que contenía, sino la mancha que esta originaba y de la que no podía deshacerse lavándose las manos.

La frase era incisiva como un cuchillo. «¿Quién es usted para desinteresarse de la suerte de su padre, un bastardo o un ingrato?» Marge imagina la escena. Mateo dudó antes de rasgar el sobre. Lo abrió y leyó el texto varias veces. Después dejó la misiva que le quemaba los dedos y se preguntó cómo acallar las burlas que ya se extendían a su alrededor. Los muebles y los objetos parecían mofarse de él. La ventana abierta lo espiaba con una media sonrisa.

Salió. Dobló la esquina de la rue Neuve y bajó la escalera que lleva al puerto. Sintió una mirada sobre su nuca. Al abrir la puerta de La Marine, reparó por primera vez en el crujido de los goznes. El olor a sótano y a lejía no le aportó consuelo.

Solo se bebió una copa.

Al salir, no sabía adónde ir. En el suelo, su sombra ya no era buena compañía. Se había convertido en un fantasma, esbelto o chaparro, espantoso como un espectro, terrible como un gnomo que, burlón y sarcástico, acechaba su ir y venir. Sin duda fue entonces cuando decidió poner fin a su vida.



Se presenta en el pueblo la familia de Mateo. Su vecina tiene copia de la llave. Entran en su casa, es decir, en la de nadie. Aun así se sienten un poco cohibidos al abrir la puerta, como si el dueño pudiera aún surgir y preguntar el motivo de su visita. Abren los armarios con una reserva que no dura mucho. No tardan en hablar en voz alta. Mueven los muebles. Vacían las habitaciones. Al cabo de unas horas, ya no queda nada de la vida de Mateo. Se ha deshecho. Está borrada. Guardada en unas cajas que se irán mañana.

La hermosa palabra *herencia* trae a la mente un curioso batiburrillo: patrimonio, títulos y haberes. Pero lo que saca a la luz la muerte de Mateo es justo lo contrario: un montón de objetos sin valor que no interesan a nadie pero que nadie se decide a tirar así como así. Platos, fotos, cartas. Las cartas, pase, pero ¿qué hacer con una sartén aún grasienta y unas sábanas amarillentas? En una alacena, un escurridor de ensalada. ¿Quién lo quiere? Sería tonto tirarlo. Más tonto aún conservarlo. No hay nada menos valioso que las pertenencias de ese muerto.

Desde que estaba ese cadáver entre ellos, el pájaro malo y el pájaro bueno se miraban de otra manera. Marge no deseaba la desaparición del pecador, suponiendo que hubiera alguno en la isla; Émilie siempre la había temido. Cuando se empieza a enviar anónimos, ¿se sabe acaso cómo acabará todo?

Marge no se considera en absoluto responsable del final de Mateo, cuyo nacimiento era en sí una bomba de efecto retardado. Si se derrumbó tan rápido, piensa, quizá fuera más culpable de lo que ella creía. Casi se lamenta de no haber encontrado su punto débil y de haberle atacado al buen tuntún, a ojo y no como una estrategia.

–La maldición está en marcha –repetieron algunos.

–Se ha hecho justicia –decidió Marge.

–Todos estamos amenazados –pensaron otros.

–El autor de los anónimos está perdiendo el juicio –consideró Émilie.

La oscuridad se ha adueñado del salón verde. Marge suspira. En un principio solo se trataba de despabilar a la isla mediante dos o tres anónimos agridulces. Y hete aquí que se ha convertido en suscitadora de escrúpulos, en atormentadora de conciencias. Una moralista perversa. Aspira, sin embargo, a más elevadas ambiciones: hacer maleficios, inventar destinos. Su cuerpo envuelve ahora toda la isla. Su manto se extiende de un acantilado a otro, fluido, es una capa de tinta de negros pliegues.

Los ha espiado tras los visillos. Durante años han sido su vida. Ella se ha convertido en la suya. Vela el sueño de los isleños, acortándolo a veces, analizando los comportamientos, transformando las pequeñas faltas en motivos ocultos, y los remordimientos en maldiciones.

Su pluma, descubrió Marge divertida, era más eficaz que un paraguas búlgaro. Bastaba garabatear tres palabras en una tarjeta y pegar un sello en un sobre para que, dos calles más allá, alguien se derrumbara. Si bastaban unas pocas sílabas para llamar a la muerte, ¿por qué no aprovecharlo?

Pensaba sembrar discordia y cizaña, provocar maledicencias y ajustes de cuentas, removiendo, como un palo el fango, los malos sedimentos de la vida diaria. Había tratado de enseñar las leyes de la guerra a un pueblo sin enemigos. Pero, de saqueo en botín, de emboscada en escaramuza, los soldados se habían convertido en una horda de cobardes. Desertaban. Se ahorcaban por miedo a plantar cara. Se abrían las venas para escapar del fuego.

Marge barajaba las opciones para comprender lo ocurrido. ¿Había matado por imprudencia? Más bien por inadvertencia. Había despertado la tentación

del suicidio, como quien le pisa la cola a una serpiente dormida.

¿Tenía de qué arrepentirse? Quizá. Se podía considerar que había devuelto a su miseria a unos pobres seres, o convertido el fango en oro, transformando por arte de magia a sus vecinos en atriadas.

Con la muerte de Mateo, se superó un límite. Émilie, la paloma, encajó el golpe sin titubear. Sabiendo que no podría resucitar al muerto, decidió llevar el ataque a otro terreno, y se empleó en hacer de la ceremonia de inhumación uno de esos momentos en los que lo íntimo se aúna a lo grandioso, y el homenaje al difunto no es tanto un adiós como una apoteosis.

La misa era su feudo. Preparó los cánticos y las lecturas, tomó ella misma la palabra durante la celebración para evocar el recuerdo del desaparecido y no calló hasta que vio, en la comisura de todos los párpados, una lágrima que a su juicio redimía su suicidio.

Cuando los cuatro marinos más jóvenes de la isla cargaron con el féretro para llevarlo al cementerio, y un sollozo liberador surgió de todas las gargantas, tuvo la certeza de haber marcado un tanto. Buscó entre la asistencia la mirada de Marge y no la encontró. El cuervo había volado, cediendo el terreno a la paloma.



Jérôme tiene la mirada viva y el gesto preciso. Rara vez entra en el bar, donde, sin embargo, se comporta como en su casa. Cuando se vuelve hacia ti y exclama: «¡Vaya! ¡Qué sorpresa!», sientes una bocanada de gratitud, como si te hiciera un inmenso honor al percatarse de que existes.

En cuanto se acoda en la barra, va directo al grano. No es hombre de andarse por las ramas.

–Es increíble esto de los anónimos. ¿No hay manera de saber quién los envía?

Con su expresión aristocrática y su tono volteriano, no pregunta: juzga. Es el único. Cuando otros agachan la cabeza, él señala con el dedo. Se vuelve hacia Gwenegan.

–¡No me diga que no sospecha de nadie!

–Las sospechas se las dejo al autor de los anónimos precisamente. Yo lo que busco son pruebas.

A la sutileza de Jérôme, Gwenegan responde con su solidez. Contesta a las voces de este con un tono quedo. Ahogada, la palabra *prueba* cae en el crepúsculo.

–¿Y tiene alguna? –insiste Jérôme.

–Si tuviera, no las buscaría. Pero, si he de ser sincero, le diré que no estoy seguro de que los hechos justifiquen una investigación.

El silencio se hace denso. Los gestos quedan en suspenso. La penumbra

hace brillar las miradas.

–Se habla demasiado de esos anónimos –prosigue Gwenegan–. ¿Qué dicen que no se sepa ya?

–Pero ¡ha habido un muerto al fin y al cabo! –exclama Jérôme.

Se oye reír a las gaviotas.

Jérôme es un hombre ilustrado. Cree que la investigación disipará toda fermentación, y que la tarea de los gendarmes es la de zanjar los desvaríos del espíritu.

Gwenegan se encamina hacia otra conclusión. Cuando la luz del sol hace salir a las cucarachas, estas se espantan pero no desaparecen. En cuanto desenmascaren al autor de los anónimos, ese pájaro de mal agüero, se elevarán otros graznidos, apenas menos roncós.

–Está usted equivocado.

¿Han oído bien? Jérôme inclina la cabeza imperceptiblemente.

–Acabo de ver al médico –prosigue Gwenegan–. Mateo sufría una enfermedad mortal de la que no había contado nada a nadie. Su estado justificaba una hospitalización en el continente. Al suicidarse, eligió morir en la isla.

Jérôme no piensa tirar la toalla.

–Olvida el testimonio de Gabriel. El jueves, el mismo día del suicidio, le llevó una de esas malditas cartas...

–La encontraron en su buzón. El sobre estaba sin abrir.

–Mateo sabía lo que contenía. Debió de considerar el suicidio la única respuesta posible.

–No ocurrió como usted dice. El jueves, Gabriel tuvo una crisis de artrosis. Terminó su ronda hacia las cuatro. No pudo dejar la carta en el buzón antes de mediodía. Mateo se ahorcó hacia las ocho de la mañana. Cuando murió, ignoraba que acababa de ser blanco de un anónimo.

–Quizá sospechara algo –sugiere Jérôme, que por primera vez ya no parece tan seguro.

–Si no hubiera tenido la conciencia tranquila, su primera preocupación habría sido la de esperar a que llegara la carta para hacerla desaparecer.

Silencio. Gwenegan insiste:

–Por más vueltas que queramos darle, el suicidio de Mateo no tiene nada que ver con los anónimos.

Jérôme ha dejado de mirar al gendarme por encima del hombro. Se percibe

en su mirada un destello de placer.

–Menuda sorpresa se va a llevar su autor.

Se oye entonces la voz de Marge, que había callado hasta entonces.

–Acaba de exculparlo, querido amigo.

Tras un silencio, Gwenegan prosigue:

–El autor de los anónimos es responsable de sus misivas. De nada más. Se mueve en el terreno de la intriga, no del crimen. De hecho, como le he dicho, a mi juicio se le da demasiada importancia a este asunto.

–¿Qué decía la tarjeta que recibió Mateo?

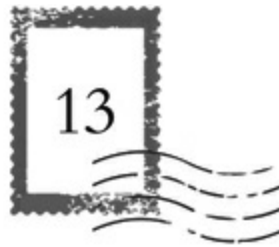
Gwenegan se encoge de hombros.

–Pues cuatro tonterías, precisamente. No le habría hecho ningún daño.

Marge se contiene para no intervenir. Esa tarjeta, diga lo que diga Gwenegan, iba un paso más allá que las anteriores. ¿Ha decidido el gendarme echarle un capote al autor de los anónimos, o tenderle una trampa para que se traicione? La prudencia manda no decir esta boca es mía.

Jérôme calla. En ese momento la curiosidad no sería bien vista. Se las da uno de despreciar los comadreos y, de pronto, en el momento menos pensado, ¿resulta que acaba poniendo la oreja?

Los presentes se espabilan. Miran a lo lejos. Simulan no interesarse por esas dos frases cuyo misterio, no obstante, les gustaría conocer. Acodado en la barra, Gwenegan saborea su cerveza.



Los días son más largos. Ya está aquí abril. De vuelta de su paseo, Marge se encuentra con Clarisse, a la que no ve desde hace casi dos meses. Esta le dirige una cálida sonrisa. Hablan un momento en la cuneta. Marge la invita a tomar el té.

Cuando Clarisse se acomoda en el salón verde, Marge tiene la confirmación de que en su rostro hay un aplomo, una decisión que no estaban ahí al principio del invierno. Una raya oscura realza su mirada. Su voz tiene una autoridad nueva.

–No quería que se enterase por otras personas –anuncia–. Me he separado de mi marido.

¿De modo que era eso ese aire de libertad?

Su tono se dulcifica. Se crea un ambiente de confidencias.

–Ludovic siempre ha sido un hombre autoritario. Una noche, se puso violento. Acabé teniéndole miedo.

Un pretexto, piensa Marge. Le gustaría que la vieran como a una mujer valiente que le planta cara a una mala bestia. ¿No es por el contrario un hombre débil cuyos prontos no asustan a nadie?

–Se puso como loco el día que recibimos una de esas cartas llenas de hiel. Maledicciones sin fundamento.

Y, cerrando los ojos, Clarisse recita a media voz una frase que, de repetirla tantas veces, ya ha hecho suya: «¿No ha respirado nunca, en el cabello de su

esposa, un aroma...». La última palabra se pierde en un murmullo.

¿Una sola escena, definitiva? ¿Cómo admitir esa versión de los hechos? Hace mucho tiempo, meses, quizá años, que Clarisse decidió abandonar a su marido. ¿Alguna vez lo amó? Marge nunca ha sorprendido entre ellos esos momentos de abandono, de dulce y llana confianza que siempre la han irritado en otras parejas. El anónimo habrá servido de pretexto para la ruptura.

Entra, sin embargo, en el juego y pronuncia con voz insincera las palabras que cabe esperar de ella:

–Es una decisión valiente. Supongo que la habrá meditado mucho.

Clarisse le lanza una mirada triunfante antes de soltar, casi en un susurro:

–A raíz de ello me he ido acercando más a Bertrand. Acabo de mudarme a vivir con él.

Ahí quería llegar desde el principio.

La visita concluye. Tras cerrar la puerta, Marge se queda pensativa. ¿Un marido terrible, celoso y autoritario? El anónimo es la excusa perfecta.

Clarisse debió de dejar fermentar la duda en la mente de Ludovic. Puede incluso que se perfumara más durante unos días. Marge adivina que eso debió de volverlo loco. Quizá se encerrara largo rato en el cuarto de baño. Puede que adoptara un aire misterioso al consultar el móvil. Y que se acicalara con esmero cada vez que salía.

La tarjeta abrió una brecha en el universo en el que Clarisse se ahogaba. Fue azuzando poco a poco la ira del marido, las noches sin viento, asegurándose de que los vecinos oyeran sus gritos, lo cual no es difícil cuando se dejan las ventanas entornadas. Marge abrió la jaula en la que se aburría un hermoso pájaro cautivo. Gracias a ella, Clarisse duerme ahora en otra casa, junto a un hombre más joven y más guapo que el pesado de su marido.

¿Pensó Marge alguna vez que sería la causa de la felicidad ajena? Siente por esa mujer dichosa menos simpatía de la que le tenía una hora antes, y piensa con amargura que es ella misma quien le ha regalado esa mirada más intensa, esa boca más roja, esa seguridad que no se le conocía antes.

En ese momento, sus pensamientos se alejan por otros derroteros. ¿Qué es

del marido, que en este instante se estará sumiendo en los celos y el alcohol?
¿Le guarda rencor al autor de los anónimos por haberle destrozado la vida?

Piensa en esa mujer, en ese hombre. No ha hecho ni bien ni mal. Solo ha obligado a algunos isleños, elegidos casi al azar, a llegar hasta lo más hondo de sí mismos.



Hay quien sostiene que los anónimos son cada vez más hostiles. Gwenegan asegura lo contrario. Su autor se contenta con moverse en el terreno de la alusión. No afirma nada, ni abruma a nadie. No se le puede acusar ni de calumnias ni de difamación. ¿Es un delito enviar preguntas sin firmar?

Cuando reflexiona en voz alta, los parroquianos fruncen el ceño. Les cuesta domeñarse para no reprocharle que minimice el incidente. ¿Es que ha olvidado que ha habido un muerto? Ya no se acuerdan de la explicación que les dio el día anterior.

Alguien se decide a hablar:

—A mí lo que me preocupa es el futuro. El autor de los anónimos no ha encontrado gran cosa en nuestro pasado, pero me da la impresión de que quiere ponernos en guardia. ¿Qué estamos a punto de cometer que podríamos lamentar durante años?

Las palabras vibran alrededor de Gwenegan. Ese día, el horizonte parece un trazo a carboncillo, grueso y regular, un tachón gigante y oscuro.

Los tres golpes fueron tan ligeros que Marge no estaba segura de que alguien hubiera llamado. Abrió la puerta para salir de dudas, y allí estaba Gislaine, tiritando por culpa del viento helador. ¿Por qué llevaba solo una fina chaqueta, cuando ya estaba anocheciendo? Sin pararse a pensarlo, Marge

la invitó a pasar.

Se arrepintió casi enseguida al ver a su vecina pasear la mirada por los muebles al entrar en el salón, como si buscara la más mínima mota de polvo o la prueba de un crimen.

Marge no tenía nada que temer. Ponía cuidado en no dejar a la vista ningún objeto que tuviera que ver, de cerca o de lejos, con el envío de los anónimos. Pero la falta de tacto es una forma de intimidación. Aunque no se lleve un arma encima, no deja de ser desagradable someterse a un cacheo.

Aún a la defensiva, oyó a Gislaine recitar con voz lenta un monólogo que probablemente habría ensayado delante del espejo:

–Cada año, el mismo día, recorreremos todas las casas con ocasión de la rifa de la parroquia. La colecta va para los más desfavorecidos. Si me he permitido molestarla es porque necesitamos la ayuda de todo el mundo.

Marge protestó como se debía. ¿Molestarla? ¡En absoluto! Era un placer respaldar tan loable iniciativa. Pero su voz sonaba falsa. Se daba perfecta cuenta de las verdaderas intenciones de Gislaine. La colecta no era más que un pretexto para ir a su casa a interpretar la típica escena en la que el investigador va a casa del culpable para desenmascararlo. Aparentemente, el reparto de papeles estaba hecho.

Gislaine insistió en la importancia de la solidaridad, en la isla cada cual sabía que podía contar con los demás. Articulaba cada frase con una lentitud deleitosa, marcando las consonantes como una actriz bisoña en su primera clase de declamación.

Marge abrió el cajón de su escritorio y sacó un billete. Se lo alargó a la pedigüeña con un gesto que quería decir: ¡largo de aquí!

La intrusa, que no tenía intención de marcharse tan rápido, había previsto el quite. Fingiendo sorpresa, masculló que no llevaba cambio: ¿no tendría la cantidad justa?

Desde niña, en cuanto se veía sorprendida por una emoción, Marge no podía evitar ruborizarse. Cuando vio la satisfacción brillar en los ojos de Gislaine, sintió un hormigueo detrás de las orejas.

Consciente de que tenía que actuar deprisa –pues podía ponerse escarlata en menos de dos minutos–, se precipitó a la cocina y vació el monedero en la

mesa. Tres pobres moneditas tintinearón sobre la superficie de madera. ¡No llegaba ni de lejos a la cantidad requerida!

Se precipitó al bolsillo de su abrigo. Por desgracia, tampoco ahí había mucho más. En cuanto al cuenco de la mesita auxiliar del salón, donde a veces dejaba algunos euros, ese día no contenía más que un sello y un botón. El mundo le daba la espalda. La piel empezaba a ponerse tibia, mientras Gislaine la devoraba con los ojos.

Menuda caradura, pensaba Marge, furiosa. ¡Había que tener frescura para ir por las casas ofreciendo papeletas de rifa sin llevar cambio! Y en ese atardecer, Gislaine, tan friolera ella, había puesto cuidado en abrigarse lo menos posible, para asegurarse de que la hicieran entrar. ¡Bonita manera de meterse en su casa! Ah, cómo lamentaba haberse dejado engañar como una tonta, y ¿por quién, encima? ¡Por una cotilla y una boba que la había atacado por sorpresa!

Mientras Marge hervía por dentro, su visitante lucía una calma sobrenatural. Con el rostro bañado en una sonrisa sin alegría, jugueteaba perezosamente con la crucecita de oro que siempre llevaba al cuello.

Sintiendo que el calor se extendía por sus pómulos, Marge corrió hacia su armario. Pero por más que rebuscó en los bolsillos de todas las prendas que podían albergar alguna monedita –la gabardina, el chubasquero y el pantalón de paseo– no alcanzó a reunir la cantidad necesaria. Ya casi la tenía, sí, pero ¡estaba tardando tanto!

Le habría arrojado gustosa un fajo de billetes para librarse de ella, pero esa repentina liberalidad habría resultado más elocuente que una confesión. Se le crispó todo el cuerpo. El tiempo jugaba en su contra.

–No se agobie, no tengo prisa –añadió Gislaine, mientras su mirada se perdía en los rincones de la habitación.

Marge se refugió en la cocina, cuya ventana abrió con un gesto vivo. La corriente que la envolvió y cerró la puerta con fuerza mitigó la bocanada de calor. Expuso el rostro a la brisa marina durante un largo minuto.

Cuando, apenas refrescada, se resolvió a regresar al salón, de nuevo se sintió observada. El rubor empezaba a extenderse por sus mejillas. Sus gestos traducían un torpe nerviosismo.

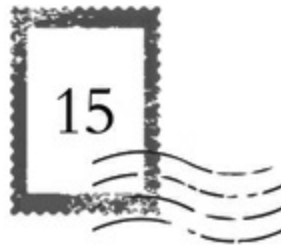
Gislaine se ofreció con voz tranquila a volver un poco más tarde. Pero no se movió ni un milímetro de donde estaba.

Presas de una tensión extrema, cuando sonó el timbre del teléfono Marge

estuvo a punto de proferir un grito. Se quedó un instante petrificada. Entonces, comprendiendo que esa llamada le ofrecía una oportunidad inesperada de recuperar el control, descolgó y, tapando con la palma el auricular, despidió a la visitante con una autoridad de la que ella misma se sorprendió:

–Estaba esperando una llamada de mi prima, con la que voy a hablar un buen rato. Váyase a casa. Ya me pasaré después a llevarle el dinero.

Al ver que no le quedaba más remedio que obedecer, Gislaine salió, cerrando la puerta con renuencia. Mientras se alejaba bajo el viento helado, Marge contestaba con jovial amabilidad a una voz anónima que le proponía un nuevo producto financiero. Su sangre era lava. Le ardía el rostro y notaba la piel incandescente.



La decepción por verse de patitas en la calle apenas le duró un momento. En el fondo, Gislaine estaba encantada con su visita. No se esperaba encontrar en casa de Marge material de correspondencia en un rincón de la mesa. Esas cosas rara vez ocurren. Su manera de proceder era más intuitiva: quería saber si, al entrar de improviso en casa de su vecina, sentiría el pequeño estremecimiento que suscita la intrusión en el lugar de un crimen. Se fiaba de su instinto. Nunca le había fallado.

Una vez dentro de la casa, que Marge tenía muy arreglada, la recibió naturalmente una pieza de música clásica, así como las fiestas del perro, que nunca ladraba. Los cojines bordados eran de tonos pastel. Incluso cuando no esperaba visitas, la dueña de la casa parecía querer aparentar, pero esa armonía artificial no engañaba a nadie. En esa atmósfera plácida, con su olor a cera y a fuego de leña, se notaba un aire como de ajuste de cuentas.

Mientras la dueña de la casa buscaba dinero suelto, Gislaine se tomó el tiempo de forjarse su certeza: en ese salón verde oscuro afilaba su pluma el autor de los anónimos. Por así decirlo, lo había sorprendido en su guarida.

Por eso, cuando la puerta se cerró tras ella, sintió bajo el viento frío una oleada de orgullo, que la llevó a murmurar: «Es ella».

Han detenido a una anciana. Su asistenta ha encontrado una docena de cartas

en el cajón de su escritorio.

A los gendarmes no les lleva mucho tiempo establecer que ni el estilo ni el tono son los de los anónimos. Al leerlas, su ingenuidad mueve a risa: «Lucienne es avara», «Déborah devuelve fuera de plazo los libros de la biblioteca». No tardan en liberar a la anciana, que suscita más burla que temor.

¿Es inocente entonces? Los isleños no se deciden a absolverla, aunque el código penal no sancione el pecado de intención. La mujer se esforzará por no llamar la atención durante un tiempo.

Gislaine dejó pasar dos o tres días, anticipando como una recompensa el instante en el que iría a ver a Gwenegan. Y entonces se decidió. Entró en la gendarmería y pidió hablar con él de un asunto de gran importancia.

Una vez en su despacho, se aseguró de que la puerta estaba cerrada antes de revelar a media voz el motivo de su visita: había identificado al autor de los anónimos.

—¿Tiene pruebas? —le preguntó el continental, con una brusquedad que Gislaine no esperaba.

—No —susurró—, pero sí una íntima convicción.

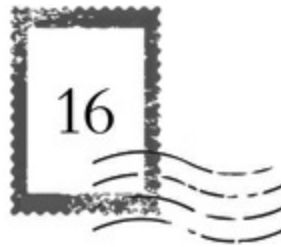
La respuesta no pareció impresionar a Gwenegan. Al ver su expresión escéptica, esta le contó con detalle su visita. Ese día había encontrado a Marge tensa, nerviosa, lo que en sí ya era un principio de indicio. Pero lo esencial no era eso. En el preciso instante de entrar en el salón verde, había experimentado la certeza que ilumina a los investigadores y los lleva directos a buen puerto. ¿A qué esperaba Gwenegan para ir a casa de Marge? Un pequeño registro nunca venía mal.

Este reaccionó apenas a su sugerencia, a la espera de que le propusiera no tanto una hipótesis como un razonamiento, argumentos, hechos. Se instaló un silencio incómodo. Gislaine estaba mortificada. Le faltaba poco para sentirse en posición de acusada.

Al cabo de unos minutos, decidió batirse en retirada, con la desagradable impresión de que le habían robado la victoria.

Ese era el problema con la gente de tierra firme: nunca se podía contar con ella.

Reflexionó el día entero antes de sacar la conclusión que caía por su propio peso: si los gendarmes preferían los culpables a la gente de bien, allá ellos. ¡Qué se le iba a hacer! Se apañaría sin su ayuda para vengar a sus vecinos.



Gislaine tardaba dos horas todos los días en hacer la compra. No se trataba tanto de llenar la despensa, que siempre estaba hasta arriba de provisiones, como de enterarse de todo lo que se comentaba en la isla. Nunca se marchaba de la tienda sin haber sondeado la vida de los demás, y no tenía reparos en volver, con el pretexto de haber olvidado algún artículo, cuando su curiosidad no quedaba satisfecha. Era raro que una nueva batería de preguntas no le permitiera obtener un dato que antes se le hubiera negado.

Al no haber tenido la visita a Gwenegan el desenlace que ella esperaba, se prodigó en comentarios agridulces, los cuales, sin incriminar a Marge, daban a entender, no obstante, que se habrían podido decir muchas cosas sobre ella. Cuando la conversación versaba sobre el autor de los anónimos, se cuidaba de no ser la primera en hablar. Sin embargo, sus silencios suscitaban preguntas a las que fingía no querer responder, no sin guiar a sus interlocutores hasta una deducción que se apañaba para conseguir que formularan ellos mismos.

Cumplida su tarea, volvía a casa para preparar la comida. Cuando el tiempo era frío y su humor la inclinaba a la repostería, elaboraba un bizcocho de naranja o de fruta escarchada, del que no olvidaba, como buena vecina que era, llevar una rebanada a Marge y a Émilie. Las pequeñas atenciones cultivan la amistad.

Gislaine espera a que Alicia salga de la tienda para entablar conversación con ella, pero esta guarda las distancias.

–Dicen que su marido ha identificado al autor de los anónimos. Pero, si es así, ¿por qué no lo detiene? ¿Qué interés puede tener en protegerlo?

Alicia observa a esa mujer de rostro redondo, tan diferente del suyo, con esos ojos claros de pestañas rojizas devorados por la curiosidad.

–Si protege al culpable, es porque teme algo –prosigue Gislaine, en un tono más dulce–. Quizá intuya que le aguarda una misiva...

Alicia no tiembla. Ni siquiera pestañea.

–Mi marido nunca me habla de este caso.

–Pues no será porque no le interesa –insiste la acusadora–. ¿No es por la investigación por lo que visita La Marine con tanta frecuencia?

Alicia tiene una mirada extraña. Una sombra verde oscuro pasa por sus ojos negros. Gislaine se arrepiente de lo que acaba de decir. ¿Ha ido demasiado lejos? ¿Por qué nunca sabe callar a tiempo? Dos o tres alusiones más como esa y Alicia elogiará la discreción del autor de los anónimos. Porque él al menos la deja en paz. Nunca le ha escrito para decirle que su marido la engaña con la camarera de La Marine.

Las dos mujeres callan. Nadie ha pronunciado el nombre de Valérie, pero es como si resonara su eco.

Gislaine no sabe cómo volver atrás. ¿Debería disculparse por su torpeza? Quería suscitar dudas en Alicia, pero solo ha conseguido granjearse su enemistad, ahora esta no vacilaría en hablar en su contra si se le presentara la ocasión. De hecho, da media vuelta y se va.

Mientras la contempla alejarse, Gislaine, furiosa contra sí misma, se fija en la fina silueta de Marge que pasa, irreprochable, acompañada de su perro blanco. Si tuviera una escopeta a mano ahora mismo la apuntaría con ella.

Cuando la misiva siguiente llegó a su destinatario, Marge se llevó una buena sorpresa. Nunca había imaginado que pudiera ser blanco de un anónimo. El mensaje se reducía a dos frases lapidarias que la dejaron estupefacta: «La hemos desenmascarado. De modo que ¡basta ya!».



Hacía meses que Émilie sabía quién escribía los anónimos. Desde que se había hecho público su contenido, había reconocido el estilo de Marge, su laconismo, su arte de la elipsis y de la pulla, su perfidia disfrazada de formalismo. Y la atención extrema que siempre había mostrado por los pequeños defectos ajenos.

Marge reparaba con una sola mirada en la mujer asqueada por el desaliño de su marido, o en el paso indolente de la esposa que no tiene prisa por volver al hogar. Pero solía guardar silencio sobre sus descubrimientos. Aunque le gustaba ser la primera en enterarse de todo, no le interesaba divulgar sus hallazgos. Detestaba alimentar los chismorreos. Por ello mismo los isleños la consideraban irreprochable.

Cuando empezaron a llover los anónimos, buscaron entre sus filas qué monstruo de rencor y de maledicencia podía haberlos escrito. Nadie respondía a esa descripción. Al confundirse sobre el proceder del autor, se privaron de la manera de desenmascararlo. Comprendiendo que esa correspondencia no era más que un ejercicio de estilo algo singular, Émilie lo tuvo claro. Es Marge clavadita, pensó, antes de dirigirle esa advertencia: «De modo que ¡basta ya!»

Si, de manera excepcional, al final Émilie había decidido conservar el anonimato, no había sido por deseo de ocultarse, sino para no humillar a su amiga. Al prójimo siempre hay que evitarle el ridículo.

El mensaje era claro, pero Marge seguía siendo demasiado orgullosa para declararse vencida. Pasada la impresión de la primera lectura, consideró que se trataba de un aficionado. El aprendiz de justiciero probablemente habría mandado la misma exhortación a otras diez personas apenas menos culpables que ella. La acusación era el arma de los débiles. ¿Acaso había tenido ella ese defecto?

Marge no habló con nadie de la advertencia que había recibido y cuyo autor trataba en vano de adivinar. Por supuesto, pensó en Émilie, pero, cuando a esta le había dado por escribir, siempre lo había hecho firmando sus misivas, lo que aparentemente la descartaba. A Marge no se le pasaba siquiera por la cabeza que ese autor anónimo de otra índole hubiera podido callar su nombre en un gesto de delicadeza.

Consideró que solo le había dejado dos opciones:

Callarse, lo cual no estaba exento de peligro: si la carta la había enviado un investigador, su silencio se interpretaría como una confesión.

O enseñarle la carta a todo el mundo, lo que la convertiría en el foco de atención. ¿Era prudente poner en conocimiento de todos una acusación poco plausible, desde luego, pero fundada?

Para reflexionar no hay nada como caminar. Marge enfile el sendero para llevar a su perro a corretear cerca de los acantilados. Tras la primera curva, distingue una silueta emboscada. Gislaine se toma en serio su papel de vigía. Desde que recibió su visita, Marge se la encuentra acechante cada vez que sale a dar un paseo. Inútil precaución. ¿Adónde huiría uno en una isla?

Gislaine, que no tiene más arma que la insistencia, siente una punzada en el corazón al ver alejarse a la paseante. Es como un pinchazo primero, seguido de un mordisco que se acentúa y que pronto le provocará una sensación de asfixia. No sufre por ver a la culpable en libertad. La emoción que la aflige es de otra naturaleza. Más opaca, más clandestina. Está celosa.

De todas las mujeres de la isla, Gislaine es la que mejor ha explorado los recovecos de la conciencia. No tiene nada que aprender de nadie en materia de maledicencia. Le habría encantado enviar ella esas cartas. En el fondo, la autora de los anónimos –la de verdad–, es ella. Sin ninguna duda. Marge le ha robado la idea.

Ha hecho algo peor que eso: la ha elevado. Le ha dado a su correspondencia el apresto impecable de un mantel adamascado, a sus frases, el brillo de los puñales de plata. Gislaine se siente estafada. Marge la ha ganado en su propio terreno. Por eso está impaciente por vengarse.

Marge llama a la puerta de Émilie, que la recibe con un beso y le pone buena cara. Tratan naturalmente del tema de los anónimos. Émilie tiene una expresión preocupada.

–¿Quién se divierte con estas chiquilladas?

Marge no contesta y le enseña el sobre que acaba de recibir. Su amiga no parece realmente sorprendida. Quizá sea ella, entonces. Su recibimiento, sin embargo, daba a entender lo contrario.

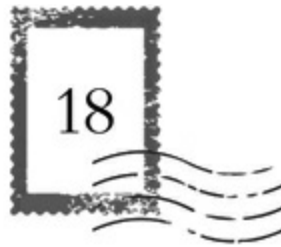
Émilie, que querría abrazar a Marge, oculta su apuro bajo un gesto vago:

–Puede que no seas la única que la haya recibido.

–Claro –contesta Marge–. Sherlock Holmes juega a la gallinita ciega.

Ahora hay dos autores de anónimos en la isla. Uno tiene puntería, y el otro golpea al azar. ¿Por qué habría de inspirar más simpatía el segundo que el primero?

Marge sonrío, doblemente reconfortada. El anónimo –ahora ya está convencida– no es el fruto de una investigación, sino el resultado de una intimidación. Además, ahora forma parte del bando de las víctimas. Se siente exultante. La situación le es favorable.



La lluvia y el mal tiempo condenan a Gislaine a quedarse en casa. Piensa en su visita a la gendarmería. Quizá Gwenegan, que la miró con un desprecio acusado, la haya desenmascarado. Pero, si adivinó que podía ser ella la autora de las misivas, probablemente solo sepa la mitad de la historia. No ha comprendido que otra le ha robado su lugar.

Su nombre estará en la lista de sospechosos.

Después de acalorarse, consigue calmarse. Por ahora no está acusada de nada. Para que se la tome en serio, quizá deba unir la confesión a la denuncia. ¿Qué hacer? Se siente a la vez orgullosa y temerosa.

¿Se puede ser, a ojos de los investigadores, culpable conforme a derecho y víctima de hecho? ¿Quién hará justicia al autor usurpado?

Puede que sea menos lista que Marge. Pero es menos tonta que otras, a quienes sabría manipular llegado el caso. Ya que los investigadores se niegan a escucharla, podrá apañárselas sin ellos.

Necesitaría un secuaz. Un chico callado, sin iniciativa propia, falto de dinero. Una de esas personas que avanzan sin vacilar en la dirección que se les señala.

Piensa en Tommy, naturalmente.

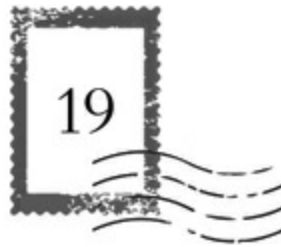
Cualquiera en su lugar habría pensado en él.

Guiar sus pasos no será fácil, pero Gislaine, animada por el ejemplo de Marge, siente que sabrá encontrar las palabras adecuadas. Esperará a que acuda a ella, como lo hace a veces cuando está sin trabajo, y se ofrezca a cortarle leña o a hacerle alguna tarea.

–Ya que te ofreces –le contestará, mordiéndose el labio–, podrías librarnos de un pajarraco.

De sugerencias en insinuaciones, conseguirá hacerle creer que la idea se le ocurrió a él y que ella trató de desalentarlo.

Cuando se le mete una cosa en la cabeza, Tommy no retrocede ante nada. Es curiosa esa manera suya de perseguir sus quimeras hasta el final, sin vacilar.



Siguen llegando anónimos.

Émilie comprende que tiene que volver a la carga.

Cuando eran niñas, Marge siempre establecía las reglas del juego. Una vez más, Émilie las ha acatado, respetando en su primer envío la convención del anonimato.

Ahora coge la pluma y escribe la carta más larga enviada en la isla desde hace años.

«¿Cuándo abandonarás, querida Marge, este juegucito inútil?

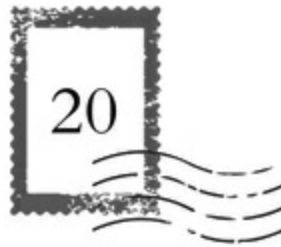
Te conozco lo suficiente para saber que no tienes nada que reprochar a esas pobres personas a las que honras con tus misivas. Entonces, ¿por qué ese gesto, del que deberías haberme hablado cuando por primera vez se te pasó por la cabeza? Yo te habría retenido. Al menos lo habría intentado. Tu gusto por los juegos no es nuevo, pero diría que este ha llegado demasiado lejos.

¿Qué ocurrirá cuando te desenmascaren? Tu manera de hacerte perdonar ha consistido siempre en obsequiar con tarros de mermelada y de compota de fruta a aquellos a los que has atormentado inútilmente. ¿Sabes lo que harán con ellos? Tirarlos a la basura, creyéndolos envenenados, cuando son los mejores de toda la isla.

Deja, pues, este feo juegucito, te lo ruego, pues no conozco nada más ridículamente triste que desperdiciar mermelada.

Tu amiga,

Émilie.»



Pasada la primera reacción de estupor, Marge sigue un razonamiento del que es la primera en sorprenderse, pero que no obstante parece obvio. Desde el momento en que Émilie conoce la verdad, supone un peligro. Por consiguiente, tiene que librarse de ella.

Le tiene aprecio, sí, pero en ese instante Marge se plantea su muerte con frialdad y sin remordimientos, le embarga incluso una agradable sensación de paz.

Nada de revestirse de criminal. Puñal, soga o veneno son demasiado comprometedores. No, tendrá que emplearse de otra manera. Émilie podría resbalar en uno de esos paseos por los acantilados que dan desde hace años una o dos veces por semana. Si el accidente ocurriera un día ventoso, en el que la hierba está mojada, lejos de resultar sospechosa, Marge sería la primera a quien compadecerían.

Para impedir que Émilie hable, Marge sabe que tiene que actuar ya. Sin olvidar, sin embargo, que las prisas no son buenas consejeras.

Desde que tomó la decisión, Gislaine se ha cruzado con Tommy dos o tres veces. Pronto empezará su tarea. Se lo explicará bien: cuando venga a los isleños, recuperará su lugar entre ellos. Recuperará su territorio, del que lo desterraron los amores sin mañana, el alcohol y el mal fario.

Gislaine sabe que tiene que dejar que Tommy acuda a ella, y que, llegado el momento, le bastará con unas pocas palabras. Le murmurará: «Solo tú puedes hacer justicia». Puede que el chico hasta le dé las gracias y todo.

El cielo de abril invita a soñar. La mirada se pierde entre las nubes. Sigue distraídamente el ballet de los pájaros, y luego vuelve a la tierra, donde no suele ocurrir nada nuevo. A veces, sin embargo, una escena llama su atención.

Unas gaviotas despedazan un cangrejo.

Gabriel pasa con su bicicleta.

Marge sale a pasear con Émilie.



—¿Que si tengo algún trabajito para ti, Tommy? Pues claro que sí. Podrías arreglarme la lámpara de mi escritorio. Me parece que no hace contacto. Y, ya que estás...

—Dígame.

—Visto que los gendarmes han decidido quedarse de brazos cruzados...

Gislaine hace mohínes y finge vacilar, con una mirada traviesa. ¿Se arrepiente ya de haberse ido de la lengua? Tommy mira la lámpara estropeada que está sobre el escritorio. Espera a que Gislaine termine de hablar.

—Alguien tendrá que librarnos del autor de los anónimos antes de que nos vuelva locos a todos.

El rostro de Tommy sigue sin expresión.

—Hace bien en no firmar sus misivas —prosigue ella—, total, sería inútil. Lo hemos reconocido perfectamente.

Indica con la barbilla el centro del pueblo, donde se yergue la casa de Marge, entre la suya propia y la de Émilie.

—Fui a visitarla —dice Gislaine—. Casi la sorprendo en plena tarea. Bastaría con darle un susto, Tommy.

Se rodea el cuello con las manos.

—Nos harías un favor a todos.

Tommy duda, pero Gislaine parece saber lo que quiere. Con gesto seguro, le pone la lámpara en las manos.

Marge y Émilie miran al perro echar a correr. Se desplaza en zigzag, da vueltas cada vez más largas, como si no temiera nada tanto como avanzar en línea recta. Mientras se dirigen despacio hacia el acantilado, el animal disfruta como un loco, explora los atajos, se aventura por ellos para volver desde el fondo de la playa, con las orejas gachas, asustado de haberse alejado tanto.

Ellas avanzan en una línea absolutamente recta que él rehúye y a la que vuelve sin cesar, dejando en la arena el arabesco de sus vueltas infinitas. Cuando desaparece detrás de una roca, las dos amigas se paran. Marge lo llama. El perro obedece y se lanza hacia ellas en una carrera en línea recta, como si se hubiera arrepentido.

Tommy vuelve a casa acelerando y haciendo rechinar los neumáticos en cada curva. Le han confiado una misión secreta y gloriosa. Atrapará al autor de los anónimos, que tratará en vano de zafarse. Gislaine ha hablado de hacer algo útil. De acabar con los comadreos y las maledicencias. De derrotar a Gwenegan en su propio terreno. Será el héroe del día cuando ahuyente a ese pájaro de mal agüero que por ahora grazna a los cuatro vientos.



Al día siguiente, Solange, a quien apenas habían vuelto a ver desde el mal paso del Club de la Palabra, llega llorando a La Marine. Es ella quien le da la noticia a Valérie. Unas horas antes, Tommy ha estrangulado a Émilie.

¿A Émilie? ¿Émilie la dulce, la del moño impecable? ¿Émilie, la que organizó el entierro de Mateo? ¿Qué sabía Tommy? ¿Qué tenía que reprocharle a Émilie? Es incomprensible.

Estaba borracho cuando lo han detenido en el puerto a primera hora de la mañana. El cuerpo de la víctima yacía a pocos metros. Al interrogarle sobre el móvil del crimen, explica que, matando al pájaro de mal agüero, ha querido vengar a los isleños.

Gwenegan rechina los dientes al oír esas palabras, pero ya es demasiado tarde para devolver la cordura al asesino de cabeza hueca y mirada vidriosa.

Gislaine se mostró extrañamente sobrecogida al enterarse de la noticia. Una vez más, había perdido el control de la situación. Había creído guiar la mano del asesino, pero este había errado el tiro, acertando en otra diana. Oía a las gaviotas burlarse a su espalda.

En cuanto a Marge, lo sintió un poco, no tanto por Émilie, cuyo duelo ya había superado, como por Tommy, cuya imagen la obsesionó un tiempo. Tommy convertido en un asesino. ¿Quién lo hubiera dicho?

Su jersey ensangrentado, su silueta entre los gendarmes, su rostro en el calabozo durante la detención. Lo respetaba como se respeta la infancia. Lo había visto crecer. Lo veía coger las curvas con su ciclomotor, el cabello al viento, en esos tiempos felices en que las chicas se agarraban a su cintura.

Nunca se le había pasado por la cabeza mandarle a él un anónimo. Era callado como ella. Encerrado en ese aislamiento cuya causa no entiende pero que los demás le imponen.

Al final ese muchacho había acudido en su auxilio sin él saberlo, librándola de la única persona que había adivinado su secreto y proporcionándole a la opinión pública un culpable obvio. Pues, ocurra lo que ocurra después, nadie dudará nunca de que Tommy eliminó a la autora de los anónimos.

III





No salen de su asombro. Émilie, repiten, era la autora de los anónimos. El pajarraco y la paloma eran una misma persona. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Marge no considera útil dar crédito a esta fábula. Cuando la comentan delante de ella, se encoge de hombros.

–Y si no era ella, ¿quién?

Calla. ¿De qué sirve decir la verdad?

–Era usted su mejor amiga –insiste alguien.

No contesta. La sigue protegiendo con su silencio, piensan. La creen fiel y leal, a Marge casi le resulta divertido.

Descartada así su responsabilidad, puesto que todo había ocurrido sin verse ella mezclada, no le sorprendió que un hombre que nunca había recibido ningún anónimo pudiera asesinar a una mujer que tampoco había enviado ninguno.

El absurdo tiene su propia lógica.

El corazón de Tommy era tan tenebroso como transparente había sido el de Émilie. Cada cual había seguido su propia pendiente, que llevaba a uno al crimen, y al otro, al sacrificio. En la vida uno siempre sigue su propio camino, el que lleva hasta uno mismo.

La primavera hace reverdecer la hierba y florecer los arbustos. Piensa en sus misivas como se pregunta uno al despertar si el sueño era real. Casi siempre golpeó al azar. Los isleños quisieron identificar los anónimos con el destino. ¿Por qué? Solo son lo que estos hicieron de ellos. Un reguero de pólvora para algunos. Para otros, una huella blanda en la arena mojada.

El aire se ha vuelto más cálido. Marge ya no piensa en nada. Contempla los reflejos del sol en el mar. Ha saldado cuentas. Tener a la isla a su merced era una ocupación invernal. Le provoca una sonrisa, como si de un pecado de juventud se tratara. Con la distancia que impone el paso del tiempo, piensa incluso que fue una falta de gusto por su parte. A partir de ahora tendrá que quedarse calladita. Sabe que algunos echarán de menos los anónimos.



Algunos, que sospecharon de Valérie durante el invierno, vienen a disculparse. «Creíamos que era usted la culpable.» Su arrepentimiento la deja desamparada. Perdona y sonrío, pero no pensaba que fueran tantos.

Esa tarde el cielo está de un rosa pálido, y el paisaje, en calma. Las olas se levantan como a cámara lenta, para deshilacharse en un ribete de blancura.

El cartero se encuentra mejor. Ahora que ha vuelto el buen tiempo, la artrosis no le da tanta guerra. Como los isleños han renunciado a la correspondencia, la bolsa ya no le pesa. Desde que ya no da miedo, lo saludan sin reservas.

Pronto llegarán los veraneantes. Los comerciantes han puesto en la puerta de sus tiendas salabres, pelotas y tarjetas postales de colores inocentes.

Una de las últimas tardes de junio, en La Marine, Gwenegan y Valérie se quedan un buen rato frente a frente. Se los ve de perfil por las cristaleras, detrás del reflejo del cielo y de las nubes. No parecen estar hablando.

Los dejan solos. Evitan entrar en el bar. En esta isla, que se ha entregado al desprecio y a la sospecha, ambos desalientan la maledicencia. Valérie, que mira siempre a otro lado, que vive como por descuido, y Gwenegan, que tiene la inmovilidad tranquila de los grandes barcos. Nadie sabría explicar por

qué son dignos de respeto.

En el pasado, Valérie desconfiaba un poco de los veraneantes, a los que se toma cariño durante unos días y que se desvanecen una mañana sin tomarse la molestia de despedirse. Este verano los observa. Le dan que pensar.

Le gustaría saber de qué hablan a media voz por el móvil. Con qué sueñan. A qué dedican su tiempo, que siempre parece contado.

Cuando confiesa su curiosidad, la reprenden:

–¡Pero si son como nosotros!

Valérie opina lo contrario.

De la expresión «turismo vacacional» le gusta el término «vacacional», pues le parece que tiene algo que ver con la noción de eternidad. Sugiere que algunas personas están destinadas por naturaleza al tiempo libre, lo cual la distrae de sí misma, ella que no se toma vacaciones y que nunca libra los fines de semana.

Se ha fijado en que ninguna mujer de la isla mira a sus hijos como los veraneantes a los suyos; como a monitos sabios a los que a duras penas toleran, pero espiando sin cesar en la mirada ajena alguna señal que les confirme su valor.

¿Será que los anónimos la han vuelto más atenta? Tiene la impresión de despertar de un largo sueño. Ahora ya se siente preparada, como las chicas de la isla a las que creía no parecerse, para seguir a un hombre hasta el continente.

Tarde o temprano, Valérie hará las maletas. Dirán que le dio la ventolera y se marchó.



Todos los años, a principios de julio, vuelven a instalarse en el vestíbulo de la escuela los puestos del mercadillo benéfico, donde cada cual exhibe sus especialidades: la estanquera, sus acuarelas; Gislaine, sus bizcochos. Los cojines que borda Marge siempre han causado sensación. No hay familia en la isla que no tenga uno o dos.

En el fervor de los preparativos, las señoras comparan su producción anual. Cada una espera orgullosa algún cumplido, que eludirá con un gesto de modestia.

Este año, Marge ha bordado poco, tenía la cabeza en otra parte, y las manos ocupadas en tejer otros hilos. Da igual. Llega con su cesto y, ante las miradas de los presentes, saca tres bonitos cojines, cuando los mejores años podía llegar a hacer ocho o nueve.

A lo lejos se oye la sirena de un barco. Entonces Gislaine pregunta, con su voz pausada:

—¿Solo tres cojines? Pero, Marge, ¿en qué ha ocupado entonces las largas tardes de invierno?



MAEVA

Título original: *Ressentiments distingués*

© Christophe Carlier, 2017

Publicado bajo el acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© de la traducción: Isabel González-Gallarza, 2018

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17108-87-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:

www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

